DUARDO Galvi tenía ojos de ladrón. Esos ojos de párpados entrecerrados, atrapadores de gestos, ladrones de miradas. Galvi tenía boca de ladrón, hablaba ladeando los labios, robándole al lado izquierdo de su cara, un po-

co de la expresión natural. Galvi tenía nariz aguileña, de rapiña, y manos de ladrón, con sus dedos chatos, carnosos y las uñas recias. Pero Eduardo Galvi jamás hurtó nada a nadie. Quizá por esta particularidad, pensaba él, se veia obligado a morar en Villa Desocupación, esa ciudad blanca y chata, la más chata de las ciudades

Era un hombre de familia de pescadores. Al llegar a Villa Desocupación- lo llevaron allí unos amigos- respiró a pulmón lleno. Le parecía haber regresado al pueblo de gus mayores, en las rocosas riberas del Mediterráneo, frente al mar maravilloso. Cuando se vió entre las casillas de cinc, miró el río con ojos exploradores. Y, medroso como una rata, se escabulió hasta el balcon costanero. Un alto balcon blanco. de cemento, que se alza sobre el acantilado y permite una visual sobre las aguas. Se apoyó en él, y estuvo más de una hora mirando el río de la Plata, el río desierto, barroso, con su pequeño oleaje, con esas olas que parecen provisorias, para un rato nada más. Sin embargo siempre son las mismas, no cambian. Y, uno espera en vano que llegue un oreaje verdadero, un turbión de aguas marinas, y limpie esa corriente provisoria, como recién llegada a un cauce sucio.

Galvi, acodado en el balcón, pudo apreciar el cambio de tonos de aquella superficie. Se hacía la noche lentamente, con placidez. De espaldas al caserio de lata y madera, recordaba las caídas de sol en el Mediterraneo, sin importarle un rabano su miseria. Gozaba aquello, igual que un mi-

Llego un companero y le dijo: -Y ... ¿vas a ocupar la casilla de la sección 10?... ¿Si o no?...

-Si el francés no viene más y me dejan caer alli ... ¿Por qué no? ... Y así hablando, dió media vuelta v en-

frentó la hilera perfecta de casuchas blancas. Villa Desocupación, ciudad de sueños rotos, colocada a la vuelta de todas las desesperanzas, al doblar la esquina de la miseria. Caserio blanco y chato, de un extraño orden y simetria, como si estuviese hecho para el porvenir. Sus callejuelas, con ar-s bolitos recién plantados, donda los braseros y los hornillos a la intemperie dan la lumbre que hace evocar la vida de los pastores y la proximidad de las cabanus. Callejuelas estrechas, con sol, mucho sol y ningún niño. Sin una mujer que asome su cara o cuelgue sus polleras en los hilos de

alambre. Las ropas a secarso, tienen el color pardo de la vestimenta de los hombres, de los hombres que sudan en vano. No hay alegria de colores y el blanco de las viviendas, con el humo, dan la uniformidad de un gris tranquilo y reposado. Villa de los sueños rotos y del ocio que forja veletas. Alocadas veletas con la brisa del río, veletas de los techos de Villa l'esocupación, las más alegres y trágicas de todas las azoteas del mundo. Veletas que lienan los cuartuchos sórdidos, de un ruidito de aparato de relojería. Villa de ayer, que parece ansiosa de marchar hacia el más lejano porvenir, en las decididas varas de álamos y paraisos, árboles a crecer y futuros protectores de los miserables que vendrán. Quien los ha plantado, pensó en el mañana. ¡Qué mañana más inseguro y qué raíces más seguras las del árbol! ¿Quien distrutará de esa sombra? Cuando sea una realidad frondosa, la escuálida rama de parafso de hoy, ¿qué hombre fracasado dormirá a su pie? (Presarios terribles los de esos árboles! Quien los plantó, adivina o sabe, la tanda de sueños rotos que puede venir a esa comarca de lata. Menos mal que jamás podrá nacer allí un niño... No obstante esta certeza, infunde miedo la perfección con que se hacen esas casuchas y la presencia del árbol, impone terror. Cárcel abierta a los cuatro horizontes... Cárcel, porque todos los sitios donde no pueden entrar las

mujeres son encierros para el hombre. El ocio ha pintado con torpe habilidad, las puertas y ventanas. Ha hecho trepar veletas a las increfbles azoteas, y ha he-

en Villa Desocupación cho florecer letreros con pretensiones:

ENRIQUE AMORIM Ilustración de Facio Hebequer

verde-lechuga, más bien tapado de mujer, un sombrero aludo y pantalones a rayas. Marcha por las calles centricas, a pasos largos y seguros, como si no caminase sobre la misma miseria. Se le ve frecuentemente pegado a las paredes, la vista baja, meditabundo, marchar sin detenerse a pedir una limosna, Anda con aplomo, con las manos en los bolsillos, de los cuales sobresalen los pulgares. Hay algo en él que lo singulariza de todos los restantes trotacales. Es el "affiche" de Villa Desocupación, algo así como el embajador ante la ciudad de ladrillo y cemento.

Como Gervasio, está abonado a una casa generosa, que le da las sobras de comida. Abundantes sobras en bandejas de cartón. Las recoje, se va a la plaza San Martín y come con una discreción tal, que no ha Hamado la atención de los guardianes. Come habilmente, sin ostentar su maniobra, Y luego continúa andando, con aire importante, meditabundo.

Gervasio, en cambio, se surte de una ca-

de zapatos que les anden bien. Vendrá el verano, y el Río de la Plata les dará lo que nadie tiene en la ciudad: la brisa directa, sin la presencia de una chimenea borroneadora del cielo; sin el olor al combustible de los automóviles.

"El Filosofo" pondrá de almohada su sobretodo verde. A Galvi le gustará dormir a la intemperie, de cara al rio. Gervasio podrá andar descalzo, si no consigue un par de zapatos a su medida. Pero aun faltan los

Galvi duerme su primera noche de clasificado de Villa Desocupación, Ciudadano desde esa hora, disfruta de la cama del francés. Mientras se acomoda en el lecho, piensa en el orden de la ciudad de los desocupados. Con la tripa llena de mendrugos y sopas frías, la noche se le presenta plácida. Imagina estar en un sanazorio, en un extrano hospital. Piensa en las alegres tabernas, en las posadas ruidosas, en las pulperías de campaña, en los boliches con el mostrador húmedo de vino. En la villa, no los

a Galvi y a Gervasio, cuál era la frase que debian gastar ese dia: Señor mireme... Lamento haber nacido! ... O si no: Señor, itan sólo para un sángüichel... Tal vez no pasarían de largo los peatones.

Luego de darles consejos para pedir, rogativas de lo más variadas, se largó calle abajo, mirando de reojo los que esperaban turno en el grifo municipal, para proveerse de agua. Dos perros, tan vagabundos como él, le miraron alejarse hacia la ciudad.

Sus consejos en otro tiempo habían tenido eco, eran escuchados con más interés.

Si "El Filósofo" se alejaba taciturno, tenia sus razones. En la sección que habitaba, este hombre tuvo funciones de caudillo, de director de una fila. Y, fracasó en su cometido. Dentro de aquel estirado patio de la Sección 16, "El Filósofo" alcanzó determinada jerarquia, capitaneando a una serie de compañeros. Allí, como en otros sectores, se formó una familia en la cual estaban perfectamente determinadas las funciones de cada uno. Quién debía salir a pedir; quién a recoger comida, quién a quedarse entregado a la limpieza del patio o a buscar leña, o a la vigilancia; quién a afeitar a los demás ... "El Filósofo", por su tipo o por su inteligencia, acaudilló a los demás determinando faenas, ordenando a veces. Pero no se mantuvo en el puesto, Tenia esa presencia dominadora de

los capacitados para el mando; pero, como todos, no podía dejar de tener sus fallas, sus debilidades. Abandonaba el puesto de director o no sabía responsabilizarse de los hechos. El incipiente conglomerado humano tentaba ya sus formas de sociedad y surgian conflictos, siempre de orden económico: falta de pan, escasez de leña, mala distribución de las comidas, poca energia en las sanciones. "El Filósofo" poco a poco fué perdiendo su mando, conquistado con la misma

Sentado en un banco de la plaza San Martín, se le ocurrió pensar en los que habían conseguido salir de Villa Desocupación con algún trabajo entre manos. Por lo general, nadie dice por qué abandonan la villa, ni qué es lo que han conseguido. Ni los íntimos del francés, sabían el trabate por éste alcanzado. Y, la verdad era que el francés consiguió un empleo, porque alguien le dió un billete de un peso. Nada más que por eso ...

Había pasado la tarde entre los coches de Palermo, pidiendo ayuda en forma medrosa, tartamudeante. Llevaba ochenta centavos recolectados. Algunas veces llegó a redondear más de un peso, pidiendo a más de veinte personas, por parte baja. Veinte veces la misma rogativa, con aire de caído, con voz de derrotado, sin estarlo del todo, tan sólo porque es la manera más viable de obtener respuesta a la demanda. Veinte pedidos, otras tantas humillaciones, para conseguir un peso, y diez negativas.

Pero una tarde un hombre joven sacó del bolsillo un billete de un peso y se lo tendió, como una tarieta usada con alguna dirección. El francés sintió subir por su mano, una fuerza tal, que ascendia por el brazo, se trepaba a la cabeza, hasta posársele en la frente. ¡Un pesol... ¡Un peso cabal, un peso exacto, un peso moneda nacional! El peso, el famoso peso base de todo un sistema; el peso que baja y sube en las cotizaciones de la bolsa; el peso, la unidad monetarial... No ese peso conseguido a tirones, a pedazos, centavo tras centavo. Ese peso desmoralizador, que quita más las fuerzas y adormece las energias, Este si, este billete -se dijo- es capaz de inclinar la balanza, todos los platillos de todas las balanzas! Lo junto a las monedas que queman los bolsillos de todos los desocupados y marchó para el centro, con dos alas en los talones, como Mercurio.

Pidió trabajo con un repentino valor, imprevisto, recién nacido en él. Pidió trabajo, como si ofreciese una colaboración, su ayuda necesaria; como si les hiciese un favor a los demandados. Y, una vez conseguido su puesto, a fin de que ignorasen hasta qué punto había caido, no volvió a su antigua residencia. En su cama duorme ahora

Eduardo Galvi, sus miradas de rapiña; su nariz aguileña. Gavilán con destino de cordero, espera el paster que lo alcance, el perro que lo nzuce. Recoge monedas, pi-, mplora en voz baja, en secreto, sin advertir que quiza algo le deba la vida, por lo menos una explicación, las razones de tenerle on el mundo... Danzan las monedas a su alrededor, suenan en sus inmensos bolsillos, las tres, las cuatro moneditas debilitadoras, con un tintineo de cencerro...

"El Polaco", para quien Améries Villa Desocupación, vale deir, la pérdida para siempre de lo otro - que no sabe ya, si era mejor e peor - "El Polaco" no igno

ra que sus cabellos ensortijados y rojos, la boca resquebrajada, los dientes negros, las cejas cerdosas, las orejas acartuchadas, las manos informes, le han certado todos los caminos. Tendría que pulir su vida, la gastada; su cuerpo ya deshecho. Nació para miserable, como se nace para rico. Tal vez lo necesiten mañana para una acción violenta, para encender la mecha de un complot, o para una carga a la bayoneta, entre el barro, el estiércol y la muerte...

Acaso el billete de un peso, o la manopalanca que se le ofrezca a Gervasio, halle su alma todavía tierna para la acción terrible. Es casi bello, casi joven, es casi sano. Tal vez llegue la hora en cresparse de rabia o tal vez se someta al yugo líquido del mate, pegado a un brasero. Tal vez descubra el vuelo de los pájaros o el color de

las nubes en el ocaso y eso llene su vida... "El Filosofo" tiene asegurado el pan, la sopa fria, la ropa usada que envejecera sobre sus hombros. Tiene todo y busca algo que no está en Villa Desocupación, ni en la ciudad de ladrillo y cemento, ni en el billete de un peso. Seguirá buscando por el resto de su vida y en todas las épocas, será el hombre que busca algo. Nadie sabrá qué. Solo el lo sabe, al sentir que pierde por una herida oculta, las fuerzas de vivir, hora

Todo es cosa perdida en Villa Desocupación. Todo se pierde, Sólo ganan raices las varas enhiestas de los álamos, los tallos de los paraisos, en el mundo seguro de la tierra, con el gobierno absoluto de la luz.



Sorbió el agua tibia del mate lavado del polaco, sin alzar la vista. La luz del brasero ya le iluminaba los pies, calzados a medias en unos duros y hostiles Tapatos, cuatro o cinco números más bajos que su medida. Le sobraban los talones. Al caminar. parecía un gallo herido o un caballo espiado. Cada vez que hay que recurrir a una comparación, tratándose de seres en la miseria, no acude a la mente otro que la de los animales. .. Nada humano por cierto, pero así es... Se dice: como una rata; parece un oso, o un mono; parece un bi-

Artista de Teatro ... Pintor de Santos ...

Venta de cigarrillos ... Las calles tendrán

bien pronto sus nombres recordatorios, en

letras vivas. Una se llamará Primero de

Mayo; otra La Marsellesa; alguna recor-

dará una batalla de la gran guerra y tal

vez un personaje de las monarquias que ro-

daron, Porque, seguramente, entre ellos hay

monárquicos, burgueses fracasados, liberta-

rios. Gente que no halló acomodo del otro

Del otro lado ... Galvi levanto los ojos

por encima de los techos y pudo ver la ciu-

dad de ladrillo y cemento envuelta en la

bruma del atardecer. La ciudad de las me-

-Quien vivió aquí hasta ayer - le di-

jo un vecino del número 814, de la sección

10a., - puede regresar mañana. Un traba-

jo conseguido hoy, bien puede perderse en

el que vivía aquí, era un francés amigo

mío y sé que se acomodó bien. Ese no vuel-

ve ni a cambalachear la casa... Tiene se-

-Se la entrego si vuelve... ¡Qué más

-Tuvo suerte el "francés"... Dicen que

Probaron unos mates, ofrecidos por "El

guro el puchero por un rato largo....

Polaco", un pobre diable con cuatro

-No lo creas, Galvi - aseguró otro -

sas servidas y la ropa limpia.

seguida...

da! - objetó Galvi.

era ingeniero electricista...

El ex mucamo en desgracia se llamaba Gervasio. Como el suyo era un nombre que "se daba mucho" en la familia, se lo cambiaron. Respondís al de Felipe. Le dijeron que era más fácil. A él se le ocurrió que traia mala suerte el cambiarse de nombre y así fué. Cambiarse de nombre, es como jugarle sucio al destino. El día que la suerte los busca a los Gervasios, para ayudarlos - hay un día para cada nombre - halló al mucamo jugando a las escondidas con el suyo, y pasó de largo...

Gervasio tiene una pocilga con un compañero, quien falta a menudo. Este ha decorado el interior del cuarto, con retratos de artistas de cine, sacados de las revistas. Duermen entre cientos de miradas, de las más apetecibles mujeres del orbe.

Al compañero de Gervasio se le podia llamar "El filosofo". Es un hombre con calvicie de sabio. Usa un escaso sobretodo

sa de la calle Talcahuano. A las dos y media recoje su ración. Pero el ex mucamo la recibe con timidez, en una forma que lo inferioriza ante los ojos de sus benefactores. Será porque no puede sentirse aplomado e sus zapatos chicos, con tamaña sobra de ta-

La noche es más oscura en Villa Desocupación. A lo lejos arde el aviso de una usina. En medio de los callejones de tres metros de ancho, se encienden fuegos medrosos, hogueras encajadas en latas de Kerosen. En la Sección de Galvi, hay dos fogones escasos de lumbre. En cambio, donde moran sus amigos, parecen abundar, y la calleja es más viva. Pero de allí la sección 12, fila 2, hay por lo menos ochenta metros. Gervasio y El Filósofo, moran en esta sección. Y entre la casucha de Galvi y la del ex mucamo, caben otros franceses, Galvis, Gervasios, Filósofos y Polacos, a la espera de algo mejor o ya perfectamente ubicados en el tiempo que corre, leyendo con tres días de atraso el crimen último o lo que los diarios dicen de su suerte, de la crisis, de la marcha de las cosechas. Se han creado una nueva naturaleza. Y, ¿por qué no? Muerta la esperanza, fatigada la imaginación, el alma destrozada, quebrantada la fe, están muy cerca de la conformidad absoluta, perfectamente a gusto en Villa Desocupación, como si se hubiese levantado entre ellos y la ciudad, una inmensa muralia. Se deshzan por las rendijas, por los intersticios, para buscar algo. Un sobrante de l: vida acomodada, unas monedas o un par

habia. Era por eso que tenía semejanza con un sanatorio de convalescientes. Dormian tranquilos, sin alcohol, guardados por policia montada. La paz, la paz más perfecta; que es la del hombre apenas disimulada; la paz sin alcohol, la sociedad más perfecta que concebirse pueda. Si alguien llega con una copa de más a altas horas de la noche, deia de ser desocupado. La mona se duerme en la comisaria o en las calles, no en aquella villa tranquila y reposada. En ese enjambre pacífico -colmena en descanso de laboriosos sin trabajo- dormían sin roncar los desamparados, porque sólo ronca el de tripa llena y estómago cansado. Gente que puede desaparecer en el mayor secreto, sin noticias en los diarios, pues aun no tienen su vocero, su periódico. Dormian en duras camas y en confortables colchones, traidos con el último manotón de los días mejores. Dormían y soñaban sin derecho a recordar al dia siguiente lo sonado, pues la realidad brutal les salía al paso, en el hambre runruneante.

"El Filósofo" se levantó con una idea: se colocaría un cartel a la espalda: Tengo hambre. En caracteres bien legibles. Se lo dijo al mucamo y este le aseguró que no se lo permitirian llevar las autoridades. El conocia un caso por el estilo, visto en una revista extranjera. No le dejarán andar con ese aviso, ya tenian bastante con pasear las caras de hambre por las calles. La figura, en realidad, decía más que un cartel, pero no siempre la gente sabe leer en los rostros. Entonces "El Filósofo" les sugirió

seguridad y lentitud que el agua al aducnarse de un terreno seco y polvoriento. Habia entrado casa sin nacerse sentir y cuando empapó a sus compañeros, de un seguro principio de jerarquia autoritaria, no le dieron las fuerzas para seguir dándoles pareja humedad, a las sedientas existencias de sus semejantes. Un buen día, sintió que invadía su terreno la influencia pacifica y penetrante de un sucesor. Y, se largo a las calles del otro lado, donde los hombres siguen gobernados por una ley más especifica y constante... En ese mundo también habia fracasado, pero nadie más que el lo sabía. Esta derrota le afectaba directamente. Rumiando su desventura, marcho con su sombra cambiante de lugares, por las calles iluminadas.

La idea del suicidio se le presenté por vez primera. Días antes, había visto colgado, como un saco de patatas, el cuerpo de un companero sin coraje para seguir viviendo. Pensó: De eliminarse, harían picadillo de sus huesos, los vagones innumerables de uno de esos laboriosos trenes de carga, repletos de oscura riqueza.

Anduvo sin pronunciar palabra. Levanto las sobras que invadiablemente le daban y marcho cabizbajo, a fin de no topar con miradas femeninas, a las que particularmente temia. Preferiria perderlo todo, hasta alguna limosna importante, ante la posibilidad de cruzar los ojos con una mujer. Le temía a las miradas de lástima o de asco, que son las que prodigan las mujeres a los pordioseros.



LA CASA INAGOTABLE, por Margarita Arsamasseva

AMITA, cuando lleguen los nuevos patrones a la estancia, llo van a echar a don Ignacio? Si él se va de su casa, ¿qué harán con el aparador y los cuadros que están en el comedor?...

Manuela, que aun conserva en la mano los boletos que acaba de devolverle el inspector del tren, parece contemplar fijamente la empanada que come mu hija. Sin reparar en la pregunta de ésta, le dice con expresion de cansancio y de inquietud:

-¡Cómo se le ocurrió a don Ignacio hacerte cortar las trenzasi... ahora pareces un varón... ¡Qué desgracia! Ven aquí,

Paula, que te voy a arreglar un poco...
Pero Paula sacude obstinadamente la cabeza y arrimándose a la ventanilla del coche, sigue masticando la empanada sin apartar sua ojos del panorama monótono del campo que se distingue a través del cristal salpicado por las gotas de una fina y silenciosa llovizna de otoño. Ya comienzan a verse las casas, pero todavía éstas son pequeñas y se parecen exactamente a las del pueblo, que está a ocho leguas de la estancia. Paula estira el cuello y oprime la frente contra el vidrio, concentrando su atención en la brumosa lejania, donde deben aparecer los altos y maravillosos edificios de la ciudad.

- ¿Será muy alta la casa de la señora? ¿Cuántos pisos tendrá?. pregunta anslosamente mientras se recuesta contra el cristal, y arrojando la empanada al suelo se limpia las manes con el vestido. Bruscamente, Manuela sale de su inercia y agarrándola del

brazo le aplica unas enérgicas bofetadas. -| Criatura del demonio!, ¿me vas a obedecer? ¿Qué te has puesto en al cabello?

-Aceite de olor... ví que don Ignacio se lo ponía para peinarse... contesta a la madre con voz un tanto insegura; no obstante se mantiene inmóvil en el asiento, como insensible a la crueldad del castigo. Se pasa la maño por la frente y poniéndose de pronto muy pálida, mira sus dedos, que están manchados con tangre. Notando que su madre no la mira, disimuladamente trata de cubrirse la parte lastimada de la frente con un mechón de cabellos. Pero la sangre sigue bretando y unas gotas se le deslizan por

En ese instante, Manuela, que está guardando las empanadas en el canasto, se da vuelta para decirle algo y viendo la sangre deja escapar un grito de horror:

-¡Hijita de mi alma! ¡Qué he hecho, Dios mio... es con el Retorciéndose las manos se esfuerza por quitarse del dedo el anillo. Paula la llama despacio:

-Mama... mamita...

Y aproximandose a ella le rodea el cuello con sus brazos. Cuando los jadeos del tren se apagan bajo la inmensa cúpula de cristal, y Paula, con un indecible estremecimiento de alegria tiente bajo sus pies el suelo de Buenos Aires, todo su disgusto por mostrarse ante la gente con la cara casi desfigurada por la venda hecha con un pañuelo y que le oculta casi la mitad del rostro, se desvanece bajo el influjo de impresiones desconocidas, que la aturden y la embriagan por su grandiosa claridad. A pesar de que siente que la lluvia le va rociando la cabeza, todo lo ve resplandeciente de luz. El clamor que llena el ambiente le produce deseos de cantar y de reir. Por encima de su cabeza, alto en el cielo, arden, giran, se encienden a cada instante y en todas las direcciones, fuegos semejantes a relampagos lentos y multicolores que trazan sobre el abismo negro del cielo figuras gigantescas de delicadas manos entrelazadas, de mujeres esbeltas y danzantes con las piernas desnudas, de automóviles, de coronas cuajadas de piedras preciosas, de relojes, de inscripciones innumerables y enigmáticas.

En el tranvía, donde está ahora sentada Paula con la madre, toda la gente que entra parece vestida como para una fiesta. Paula oculta bajo los flecos de su bufanda las manos desnudas y estira la falda sobre las rodillas para disimular sus medias de algodón. Luego, olvidándose de si misma, se entrega a la contemplación

de lo que ve por la ventanilla del coche. Aqui las calles están tan limpias y abrigadas como las pie-

la gente de la capital! Van con sobretodos y las señoras llevan cuellos de pieles que les tapan la cabeza... Mamita, ¿cuando usted era chica también vivía en una casa como ésta?, pregunta echando la cabeza hacia atrás y esforzándose por distinguir las últimas ventanas fluminadas de un edificio tan alto que parece esfumarse en la vaguedad rojiza del espacio.

Manuela le reajusta la bufanda alrededor del cuello y replica distraidamente:

Con semejante lujo ¡cuanto dinero se debe gastar en vano! Lo que cobran a la gente que va a comprar ahi! Asi es la gente Tira la plata sin ninguna necesidad y para pagar los jornales de los peones les hacen esperar semanas enteras... Recuerdo la primera vez que llegué al campo, me hundi hasta la rodilla en el barro... Después me acostumbré a la miseria y a la suciedad en que viven las gentes pobres de la provincia...

—Enséñeme la casa en que vivía en Buenos Aires — insiste

a pedirle Paula. -Tú no comprendes, hijita, lo que es una ciudad como ésta

dice Manuela mirando con expresión preocupada la cara vendada de su hija. - Aquí es el centro de la ciudad... lleno de negoclos de lujo y de teatros. Luego ya sabrás dónde viven los que no tienen dinero para pagarse todas estas comodidades... Yo naci en un barrio apartado, en Floresta; allí las casas son bajas, pero también las calles están pavimentadas y con lindas aceras de baldosas... Luego de callar, agrega de pronto con aire de importancia y tal severidad que Paula encoge instintivamente las piernas y se olvida de mirar la calle:

-No digas a nadie... ¿me oyes, Paula? a nadie ni una palabra de aquellas cosas que guardé en el baúl... Si la señora o cualquiera otra persona te habla o te pregunta algo, siempre contesta: no sé. Mejor que tú te calles antes de hablar de cosas que no comprendes. Debes ser callada y obediente y no quiero que salgas de la pieza sin mi permiso. No está bien que incomodes con tu presencia a la señora... Somos gentes humildes, sirvientes y si no guardamos nuestro lugar nos van a echar a la calle. Entonces tendremes que mendigar para poder comer ... ¿ Me has oldo bien,

Paula queda tan impresionada por la voz y las severas palabras de la madre, que la obedece sin replicar. Baja casi maquinalmente del tranvia y siguiendo a Manuela se siente invadida por el silencio y la penumbra que reina bajo la tupida bóveda del

-No llores, sécate la cara y recuerda lo que te he dicho la advierte la madre a tiempo que se detienen frente a una magni-

La curiosidad comienza a dominar a Paula, Espía por entre los barrotes de la verja. Ahí hay faroles redondos como bolas que despiden una luz suave, blanquecina; árboles de ramas muy bajas que parecen pinos y más lejos está la casa. Vagamente se perfila el tejado puntiagudo, las paredes son claras, unas más bajas que otras. Un resplandor rosado se filtra por una ancha ventana... Paula no la nuede distinguir bien porque en este instante la madre la toma ce la mano y la obliga a cambiar de sitio.

Ahora avanza detrás de la madre por un blanco camino de

mosaico brillante de lluvia. Huele a flores; el sonido de una música lejana se desliza a través de la tibia quietud del jardin,

-"Es como en el paraíso" - piensa Paula, "Aquí hasta los árboles crecen como si los hubiesen dibujado".

Sin que haya tenido tiempo de prepararse para entrar en la casa de la señora, se siente encandilada y aspira el aire caldeado e inmóvil. Van por un corredor todo blanco y muy iluminado. Han dejado el canasto y el baulcito de la madre arrimado contra la pared -Son órdenes de la señora... - dice el mucamo viendo que del zaguán; les enseña el camino un mucamo de librea azul. Luego de subir unos escalones de mármol, los pies de Paula se hunden en una blanda y clara alfombra. Frente a ellas hay un cortinado de seda y detrás de este se oye claramente la música.

Manuela se mira constantemente los zapatos humedecidos por la

Iluvia, Pasen por aqui. En el instante en que Manuela lanza una rápida y angustiosa mirada a su hija y da ya un paso hacia adelante, obedeciendo las indicaciones del mucamo, los cortinados de seda ondulan como animados por una presencia invisible y bruscamente se abren. Una alta figura de mujer, vestida de encajes negros, aparece sobre el umbral. La inconsciente altivez de su porte y el brillo vivisimo de



do.,, ¿Cómo será su cuerpo nebajo de tantos encajes maravillosos? Si la tocara, ¿que me ocurriria después...? - piensa experimentando una angustiosa tentación de rozar con los dedos los pliegues del vestido que exhalan una delicada fra-

-¿Quién es esta chica? ¿Eştá enferma? ¿Qué tiene? - interroga con acento de sorpresa do y estirando la mano como si quisiera alejar de si la posibilidad

-La chica está sana, señora...; no tiene nada. Sana del todo, gracias a Dios... Se ha caldo en el tren y se ha lastimado con un clavo...; le vendé la cara con el pañuelo para detener la sangre...; si quiere, señora, le voy a quitar el pañuelo, para que Vd. pueda ver que es sólo un rasguño... una lastimadura que para mañana se cerrara por completo. He traido a mi chica, a Paula, conmigo, porque no tenía con quien dejarla en el campo. Es calladita y obediente, nunca se le oye la voz. Si Vd., señora, me lo permite, la tendré conmigo por dos o tres días, para que se acostumbre un poco. Luego la colocaré como pupila en un colegio de Caridad. Tiene ya once años y es muy dispuesta para ayudar y para el estudio, pero nunca se ha separado de mi y le puede ocurrir alguna desgracia si la deje sola entre la gente extraña.

Mientras Manuela habla con voz entrecortada por la ansiedad, oprimiendo con ademán convulsivo la mano de Paula, ésta, al notar que la señora se ha asustado de su cara vendada, se siente de pronto como familiarizada con el ambiente y ya con intensa curiosidad examina los canarios y otros pájaros más pequeños y de alas rojas y azules, que revolotean en una gran jaula dorada hecha de barrotes de bronce y que se encuentra en el extremo opuesto de la habitación, junto a una puerta de cristales.

El nudo del pañuelo sobre su nuca se ha aflojado y el peso de la venda, que se le va deslizando por la mejilla, le produce mucho dolor. Es como si la parte de la venda que se ha adherido a la carne viva se hubiera endurecido con la sangre y arrancara poco a poco, de un modo lento y cruel, el fondo de la herida. Ya no consigue distraer su sufrimiento con la vista de lo pájaros cuyos revoloteos y cantos sólo acrecentan su sufrimiento. Siente náuseas, sed, ardores en los ojos y una imperiosa necesidad de quitarse de una vez la torturante venda. Pero, aunque siente ya temblores en todo el cuerpo, se afirma obstinadamnte sobre sus piernas y piensa con horror en lo que ocurrirla si en este instante molestase a la señora, que sigue conversando con

"Nos echaria de la casa y tendríamos que caminar toda la no-

Pero ya no puede pensar; un punzante aguijón parece clavársele en el cerebro, recorriendo todo su cuerpo un escalofrio de debilidad. Tiene los ojos abiertos y mira de un modo maquinal, como petrificada en su postura, a la señora cuya figura comienza a multiplicarse y a oscilar en el espacio. Cuando la sensación de hundirse en algo helado y oscuro amenaza vencer su resistencia, aprieta convulsivamente las mandibulas y trata de mover despacio las manos ocultas debajo de la bufanda. Así recobra el uso de la conciencia y puede comprender que todavía está parada sobre la alfombra y que la senora no se ha movido de su sitio. Ve que ésta sonrie bondadosamente y hace una leve señal con la cabeza.

-Debias haberle dado las gracias a la señora, hijita, ¿Has oldo lo que ella dijo? Si tú no molestas a nadie y te portas bien, quedarás aqui conmigo, para ayudar en la casa — dice Manuela en voz baja,

animado su semblante con una expresión de inusitada alegría. Paula aun no consigue moverse. La felicidad que refleja el aspecto de la madre la aturde de alivio. Se da cuenta que la señora se ha marchado a la habitación contigua y ellas están libres para irse a la cocina y descansar. Su sufrimiento decrece de un modo repen-

Sólo de percibir a través de los párpados la claridad de la mañana, el corazón de Paula da un salto de alegría. Mientras arregla las camas y barre los pasillos, se entrega a agradables pensamientos. Tiene mucho que hacer y todas sus ocupaciones son fáciles, limpias y una más fascinante que la otra. Comienza por poner orden a la linda y clara habitación donde vive con la madre, luego se baña en agua tibia y se viste con ropa nueva, hecha de genero suave y blanco. Sus cabellos también parecen nuevos de tan sedosos y tan brillantes que están. Ya se ha olvidado del gusto que tiene el mate amargo y la galleta dura como una piedra. Ahora se ha acostumbrado a la comida sabrosisima de la gente de la ciudad... Mientras enjuaga las transparentes y pintadas tazas de porcelana, llena de jubilosa curiosidad trata de adivinar qué postre está preparando don Basilio, el cocinero, Todos los movimientos de éste están envueltos en una atmósfera de delicioso misterio y cuando necesita que ella le alcance algo, la llama carinosamente 'Natita" y siempre le reserva alguna sorpresa maravillosa...

La madre le mando que limpiara todos los días la pajarera; pero debe cuidarse para no entrar en el hall cuando se encuentra

-- "No conviene que la señora te vea andar de un lado para otro: podría cansarse y echarnos. Aquí, en Buenos Aires, los patrones sólo quieren tener a su servicio personas mayores" habia explicado la madre.

Cautelosamente, Paula se asoma en el hall. No ve a nadie, pero detrás de las cortinas hay gente que conversa. Las voces

-"Estarán en el dormitorio. La señora no ha pedido todavía desayuno".

Esta reflexión tranquiliza a Paula, y brillándole los ojos de ternura y de placer, se aproxima a la pajarera. ¡Cómo los quiere a los canarios y a les colibris tan pequenitos! Se han vuelto mansos, la conocen. Y le parece a Paula que le pertenecen como a nadie, porque les da de comer y les dice cosas cariñosas de un modo

Ha introducido la cabeza en el interior de la pajarera y va echando semillas frescas en los comederos. Los pájaros no se asustan, saltan por el fondo de la jaula y se posan sobre sus manos, Paula mueve despacio los dedos y sonrie de suave e inmenso gozo... De pronto siente que alguien camina detrás de ella, una sombra le cae sobre las manos. Quiere sacar la cabeza de la jaula, pero no

-¡Cuidado, criatura, vas a volcar el agua de los bebederos!... dice una voz nada impresionante y dos manos de hombre le rodean el cuerpo levantándola de un modo que tranquiliza repen-

Es un señor alto que le sonrie. Está parado frente a ella y no parece dispuesto a marcharse. -¿Por que te asustas? ¿Quién te ha metido tantos temores

-Mama... ¡Por favor, señor, no diga a la señora; sino nos

van a echar de aqui...! El señor no parece haberla oldo; se ha puesto serio y pen sativo y ahora la contempla fijamente, como si quisiera preguntarle algo importante. De improviso dice:

dar libremente por toda la casa y jugar con los pájaros. Paula no puede comprender claramente lo que le ha dicho el senor, pero en su conciencia reina una serena confianza; ¿En que?

che bajo la lluvia; y para comer ...

tino a la sola idea de poder quitarse la venda y beber agua.

allí la señora o alguna persona que está de visita en la casa.

suenan lejanas y confusas.

que la comprenden.

lo consigue hacer rapidamente.

tinamente a Paula.

en la cabeza? - pregunta sin dejar de sonreir, examinando a Paula con extraordinaria atención.

No tengas miedo a la señora: ella es mi madre. Puedes an-

Museo de la Confusión

E los resultados sorprendentes alcanzados hasta la fecha por la quimica moderna en el ramo de comprimidos, nos instruye el siguiente aviso de las tabletas Kissinga, publicado el 4 de abril en la revista "Para

de un peligroso contacto.

MISS KISSINGA, tan conocida, en bailarina convertida, con su clásica sonrisa ningun inconveniente tiene en

"Si yo tan eshelta estoy "que con holgura puedo hoy en la cintura llevar "el cuello de la camisa que antes debi usar.

con TABLETAS KISSINGA lo pude conseguir". Ya están enterados nuestros lectores. ¿Ansian convertirse rápidamente en discípulos aventajados de la gavota, los lanceros, el minuet o el cotillón y alternar estos ejercicios con el uso del monoculo en el ombligo?

Fumen tabletas Kissinga. L'Apetecen sujetarse las medias con los tiradores, lucir vaiosos gemelos en las mangas de la camiseta o usar guantes de gamuza color patito en los pies? Beban tabletas Kissinga.

¿Prefieren, acaso, vestir escarapelas en las rodillas, alfileres de corbata en el plexo solar y cuellos palomita en el antebrazo? No desesperen. Efectúen fricciones con tabletas Kissinga, pero eso si, obsérven la frase "producto alemán" en el envase y cuidese de las burdas imita-

La revista antes citada, en el número correspondiente al 22 de agosto, por intermedio de otro interesante aviso, da un ejemplo muy ilustrativo sobre la calidad y naturaleza de los objetos dignos de ofrendarse. En su primer

El ideal, cuando se obseguia es que el objeto que se entrega tenga una vida lo más larga posible. Idea bastante lógica por cier-ta mes constituiría un grave

error tratar de sobornar obispos obsequiándolos con efimeras mitras de naftalina con incrustaciones de granizo legitimo, o intentar quedar bien para un onomástico o acontecimiento parecido, ofreciendo brazaletes y joyas laponia presentadas en volatiles estuches de gas acetileno con inscripciones fugaces alusivas al acto. Ninguna persona sensata procederia en esta forma. La segunda parte da jviso explica:

Cuando Vd. adquiere una lapicera de tinta Sheaffer's (punto blanco), puede tener la seguridad de que lo hace para toda la vida. No es ésta una exageración. Un elemplo: Va Vd. por la calle; se le cae del bolsillo la lapicera de tinta Scheaffer's (punto blanco); pasa un automóvil y la destroza completamente. Vd. junta los pedazos y a su presentación le es entregada una lapicera nueva. Con este ejemplo hemos querido dar una idea de todo lo que le puede pasar a su lapicera Scheaffer's, a pesar de lo cual Vd. tendrá siempre una lapicera en perfectas condiciones de funcionamiento.

Ejemplo bastante explícito sobre las ventajas que reporta la adquisición de una lapicera Sheaffer's y los pequeños accidentes que pueden ocurrirle. Naturalmente que bajo el punto de vista del peaton Sheaffer's, se podría considerar la siguiente situación: Va Vd. por la calle; se le cae del bolsillo la lapicera Sheaffer's (punto blanco); Vd. se agacha a recogerla: pasa un automóvil y lo destroza com-pletamente. Vd. es recolectado ipso facto por la lapicera Sheaffer's y entregado a los deudos

más cercanos. El donante habrá efectuado un regalo sumamente practico y duradero con la satisfacción indudable de comprobar que su obsequio ha sobrevivido a su poseedor.

En "El Hogar" del 25 de agosto en la sección "Para la gente menuda" (tal vez gnomos, enanos y otros micro-organismos y bajo el título "Eduquemos a nuestros hijos", se insinúan sa-bios consejos. Veamos uno de

"Rodea a tu hijo de amor y de rayos de sol".

Me limitaré a advertir que la practica recomienda retirar al parvulo inocente de la benéfica exposición solar, minutos antes de que se convierta en una masa informe, oscura y pastosa, capaz de ser facilmente confundible con el alquitrán, petróleo, betun o materias analogas, pues en contadas ocasiones el expuesto que adquiere este estado, logra recuperar sus antiguas cua-

El otro consejo presentado a modo de proverbio, dice: "Los niños deben aprender a oir y callar".

Costumbre contraria a la observada en la educación de nuestro más Nobel escritor Manuel Gálvez, que más bien se ha inclinado hacia las sugestiones tan atrayentes de ese otro proverbio que opina: los niños deben aprender a

hablar y a sordear.

En el número 503 de "El Suplemento", bajo el título "Notas curiosas", aparece esta interesante comprobación: Las arañas, en proporción

a su tamaño, son siete veces más fuertes que los leones.

Este curioso y nuevo sistema de considerar a los animales y objetos de acuerdo a la longitud de su voz, el kilometraje de su peso, la velocidad de su extensión, el analisis bacteriológico, su edad y la vellosidad de su estatura, nos llevará dentro de poco a la construcción de potentes motonaves impulsadas por tarántulas Diesel, arañas pollito de siete plantigrados Fahrenheit, equivalentes a la de varios felinos conglomerados.

También en "El Suplemento" con fecha 26 de julio, con el siguiente título de "Gotitas" encontré la siguiente recomenda-

Finalmente, asegura Marco Aurelio que el mejor modo de vengar la injuria que se ha recibido, es tratar de no parecerse al que la infirió.

Sobre todo si la injuria ha sido inferida por intermedio de un marsupial cualquiera, me parece poco correcto tratar de adquirir los usos, costumbres, berretines, mágicos belleños o locas fantasias del infamante canguro y desear en lo más recondito de nuestra esperanza, la obtención de bolsas marsupiales u otras características delezna-

El ya por secular amortecido lenguaráz R. Monner Sanz (o Sonz) en su librejo "Notas al castellano" (más bien Motas al Castellano) en un idioma digno de Valladolid expresa, refiriéndose a los peninsulares y americanos:

y éstos y los americanos no advierten que para saber cómo se piensa, hay que oir atentamente cómo se habla.

Yo por mi parte he profundizado estos descuidos, haciendo la comprobación de que existen muchos hispano-americanos que evitan observar como se pisa. para conocer como se oye, cami nar como se conversa para expl car como se deglute, leer como se toca para escuchar cómo se escribe y pronunciar como se mira para observar cómo se Eso escapa a su razonamiento, dejándola no obstante irresistible-mente atraída hacía este bondadoso señor que le habló de un modo

tan sencillo, como si la conociera desde hace mucho tiempo. -"¡Ahora podré conocer toda la casa!" - se dice, permaneciendo inmóvil en el sitio y como deslumbrada por el influjo de nuevas perspectivas —, "Veré la cama que tiene la señora en su dormitorio...; mamita dice que está tapizada en terciopelo celeste y que el respuldo es dorado como el marco del cuadro que han traido el otro día... Subiré a la azotea y miraré de allí a la ciudad ... ; Debe ser maravilloso ver tantas casas juntas! Los días de recibo me quedaré aquí para ayudar al mucamo; escucharé la música y veré llegar a las lindas señoras... Si el señor que es hijo de la señora me dió permiso, ya nadie lo tomará a mal". Así reflexionando, de pronto siente helársele el corazón de duda angustiosa: "Y si no fuera cierto? Don Basilio siempre cuenta cosas raras de los patrones, dice que son unos grandes embusteros y que les gusta burlarse de la gente. Quizá el señor me habló de este modo tan afectuoso, sólo para reirse de mi ignorancia...

Corriendo hacia la puerta de cristales, ve con horror la figura del señor que rozando casi con el hombro la pared de la casa, camina a grandes pasos: se dirige hacia las dependencias de los sirvientes. De golpe retrocede detrás de unos arbustos y manteniendose inmévil, contempla con fijeza algo que parece absorber toda su atención. Ha vuelto la cara de modo que Paula distingue la aterrada expresión de su semblante. Por la mente de ésta pasa como un relámpago el recuerdo del cirlo encendido que había colocado junto a las estampas de los santos.

-"¡Dios mio! - piensa, mientras se le doblan las piernas de terror -: "Se habra caldo el cirio y prendido fuego a la carpeta de la mesa...

Se lanza a través del pasillo; no puede gritar, tiene la sensación de que el aire se endurece en sus pulmones. Obsesionada por la visión del incendio, se prepara ya a soportar la desgracia, cuando nota que la puerta del cuarto está entreabierta y alli, en la tranquila penumbra del rincón, oscila la pequeña llamita del cirio. Se queda tan desconcertada, que no sabe qué contestar a la madre, que la llama desde el interior del cuarto. Está plancha las medias de la señora y sin apartarse de la mesa que se encuentra arrimada a la ventana, mira a Paula con expresión de viva inquietud.

-¡Quédate aquí! No quiero que salgas de la pieza, ¿Dónde has estado? - inquiere con gran severidad. Paula sabe que es inútil tratar de engañar a la madre, y jun-

tando todo su valor, explica rápidamente: -Daba de comer a los canarlos, cuando ví al señor, hijo de la patrona. No le dije nada porque tuve mucho miedo... pero él me tomó del brazo... Parece muy bueno; me dijo que me daba permiso para quedarme en la casa... Luego se fué caminando por el jardín. Se paró para mirar la ventana de nuestro cuarto... mi-

raba de un modo tan raro, que yo de susto me vine corriendo. Enmudece al notar que la cara de la madre se torna más blanca que su delantal y que las manos de ésta se apoyan pesadamente contra el borde de la mesa. Se precipita hacia ella para sostenerla, pero la madre la ase del brazo y la oprime con tanta fuerza sobre su pecho, que Paula no puede respirar. Bruscamente, la suelta y sin proferir una palabra se asoma al jardin. Paula ve que no hay nadie allí: se tranquiliza un tanto y sin saber qué hacer, comienza a recoger las medias que han caido al suelo.

-¿El señor te preguntó por mí? - interroga la madre, volviéndose hacia ella y hablando despacio, como si le costara trabajo mover los labios.

-Mamita, no se enoje conmigo... no he hecho nada malo... el señor no estaba enojado, hablaba como si le gustara mirarme... Yo había fregado los barrotes de la jaula, brillaban como oro. Todo estaba limpio y bien arreglado... Con el susto se me olvidó lo que me decía el señor, pero recuerdo que hablaba con vez dulce y sonrela ...

La madre tiene los ojos llenos de lágrimas y acarici;ndole la cabeza, habla con voz estremecida diciéndole cosas tan inexplicables que Paula la escucha temblando de angustia.

-Ya no necesitarás tener verguenza de la gente, hijita. Te pondrán en un colegio y te educarán como a una señorita... Sabla que tu vida sería distinta a la mía. Eres diferente a mí, Paula, tienes la cara fina como una niña distinguida, los ojos claros y los cabellos castaños... nadie diria que soy tu madre, Sabia que el senor con sólo verte te tomaría cariño ... nadie tiene corazón para negar la verdad que ve con sus propios ojos... También él ha conocido muchas penas. Se fué a vivir a Europa y se casó alli con una niña que era todavía más rica que él; pero el año pasado se enfermé... el pobre señor tuvo que soportar la desgracia Ahora ha quedado viudo. Dios no quiso que su senora tuviera hijo-... El señor se ha quedado solo, con todo su dinero, que no sabe en que





CRITICA REVISTA MULTICOLOR - Mayor circulación sudamericana - Buenos Aires, Seriembre 16 de 1833

El Secretario Mental

N el palco de la orquesta, los músicos se agitaban y balanceaban al ritmo nervioso y quebrado de un fox-trot. Un murmullo denso, envuelto por el humo de los cigarros y desgarrado a veces por los gritos de los mozos, inundaba el salón casi lleno. Tras el mostrador un homhre colocaba con gesto cansado un pocillo más en la naquina de café express que chizriaba con estrépito. En una mea. en un diario abierto ante unos ojos pequeños y duros, se leia: "Se necesita secretario particular para escritor celebre. Inutil presentarse si no se posee buena cultura general". Varios minutos estuvieron aquellos ojos fijos en el aviso. Después, doblando el diario sobre la mesa, la cara de aquel hombre sonrió levemente y miró fuera, a la calle, por la vidriera del café. Era el mediodía. Por la calzada desfilaban autos y más autos y la marea humana llenaba las aceras. "Se necesita secretario particular para escritor célebre. Inútil presentarse si no se posee buena cultura gene-ral". El hombre volvió a sonreir, estrujó el diario entre sus manos, tiró sobre la mesa una moneda de veinte centavos y salió a

Elías Darro dió unos pasos con las manos en los bolsillos del pantalón, se acercó a la ventana, echó una ojeada sobre la tarde ya en fuga y, de pronto, volviendose hacia aquel sufeto, pregunto:

lentes. Darro le observó con atención unos instantes.

-Soy bueno - interrumpió el otro. - Bueno y leal. metálica, helada y forzada sono extraña en el despacho. El escri-

en otra forma, ¿Sabe usted su trabajo? Ante todo vigilarme. Ir recogiendo las notas y apuntes que dejo esparcidos en libros, papeles, diarios, revistas y las que yo le dicte a usted. Las clasificará usted por materia, por argumento. Yo no tengo paciencia para eso. Dicen que soy un desordenado. ¿Qué quiere usted? Neceatto que sea usted un archivo, mi archivo viviente. ¿Estamos? Bien. Y completamente al dia, ¿ch? Nada más desesperante que la búsqueda de un dato. Es algo horrible. Yo no tengo memoria. Nada. Me ayudará usted en consecuencia a recordar asuntos, lecturas, todo lo que se relacione, en fin, con el trabajo que tenga entre manos. Esto es lo importante. Y me disculpará usted mis crista, mia accesoa de colera. Cuando yo lo rete o lo observe, ríase usted. Oh, no, no... Será mejor que no se ría usted. ; Ríe usted de una maneral... En fin. No me haga usted caso. Usted sabrá disculparme. No soy un hombre malo. Creo ser un hombre bueno.

Un mes después, Darro se paseaba en su despacho trabajando en las primeras escenas de una comedia que debía entregar antes de la primavera. Afuera era la noche. Un gran reloj marcaba las horas sobre la chimenea. Persiguiendo la idea precisa, la réplica Justa y las alternativas del diálogo, Darro iba y venía del escritorio a la ventana. De pronto recordo que para una respuesta de un personaje de su comedia, tenía anotada, no sabía dónde, una idea desde tiempo atrás. Tocó un timbre, Al hacerlo ya se sintió aliviado. Porque no hacía un mes que Pablo estaba a su servicio, cuando ya Darro, el conocido autor cuyos libros y comedias se disputaban editores y empresarios, estaba tan acostum-

que con usted a mi lado venceré todas las dificultades. Es usted un auxiliar valiosisimo. Se echó sobre un sillón, abandonándose a la laxitud de su cuerpo y contemplando con delectación las bocanadas de humo de su cigarro que ascendian y desaparecian en el aire. -¿Y su nombre? ¿Cómo es su nombre? -Pero ino piensa terminar usted aquel trabajo sobre el amor? -Pablo - contestó con una extraña sonrisa el interrogado. -pregunto Pablo en tono severo .- ¿Y aquella novela de los dos -Ajá... ; Sabe que me conviene usted? El sueldo es ciento hermanos? Todos los apuntes y notas están listos. Sólo esperan cincuenta pesos mensuales, casa y comida. ¿Conforme? El hombre asintió. A través de los gruesos cristales de sus -No, Pablo. Ahora no. Después. Ahora quiero descansar... _1Sabe que tiene usted algo de anormal en la cara? ¿Una expresión como... A medianoche Darro se despertó sobresaltado, Había soñado Sonrió Darro. El nuevo secretario rió también. Pero su risa que Pablo había sido asesinado y su cabeza, separada del cuerpo, yacía sobre una vereda ruinosa Junto a un charco de agua donde se reflejaba la luna. Darro lloró amargamente en el sueño y su tor le miró inquieto. - Blempre rie usted así? - interrogó. -- Es mi risa. lianto lo desperto. Al encender la luz, noto, con gran sorpresa, que Pablo estaba sentado junto a su cama, mirándole fijamente, con un lápiz y papel en la mano. Con profunda ansiedad en sus -Bueno, bueno... Será necesario que aprenda usted a reir ojos y su extrana sonrisa, preguntó misteriosamente: -Nada?... [Ninguna idea? [Nada de esos abismos del -No. ¡Déjeme usted! Ya lo llamaré a usted cuando sea nece sario. Ahora quiero dormir, rechazó Darro, molesto. -Es que puede perderse una idea. Ninguna idea debe perderse. Mi deber es velar junto a usted. Su rostro estaba ahora tan cerca de Darro que este sintio su aliento, mientras un temor subito le invadía al contemplar las pupilas tenebrosas del secretario. Le rogó que lo dejara. Cuando lo vió salir de su habitación, Darro sintió una profunda sensación de alivio. Pero le costó trabalo retomar el sueño. Varias veces le pareció que Pablo entraba en su pieza y volvia a sentarse junto a su cama, lápiz en mano, esperando en la oscuridad. Prendió la luz. No estaba allí. Tuvo

> ¿Será necesario relatar la intima y estrecha relación que se estableció entre Darro y su secretario? ¿Comunicar, aquí, lo que pasó aquel día que el escritor comenzó a leer en voz alta frente a Pablo, que escuchaba sentado en un rincon del despacho, el capítulo de una novela que acababa de escribir? Un acceso de tos interrumpió la lectura. Entonces ocurrió un hecho extraño. La cara de Pablo se iluminó de pronto y comenzó a hablar en voz alta continuando la relación del capítulo,

conducta y se fue tranquilo a dormir.

diriase que lo hubiera tenido a su lado toda la vida.

lo que mejor conviene como réplica de su personaje.

- Pero usted sabía, acaso? ¿Cómo es?...

e inquieta la una, tranquila, dura y extraña la otra.

gación en sus ojos.

entonces el otro.

-¿Cómo? ¿Lo ha leido usted? ¿Cómo lo sabe usted? -exclamó Darro lleno de asombro.

-No podía continuar de otra manera. No podía decir usted otra cosa -explicó entonces Pablo.- He leido unos apuntes so-

Darro le miró largamente. El otro sonreía con estupidez. Era feo, antipático, pero había en sus ojos pequenisimos un brillo singular que Darro buscaba con empeño —y que Pablo se compla-cía en ocultar entonces—, porque le parecia que sus ideas se aclaraban cuando podía mirar a lo hondo de aquellos ojos.

Pero ¿por qué fué? ¿Cuándo fué que notó que Pablo despertaba en él una cólera cada vez más creciente? Caminaba por la calle, conversaba con sus amigos, dirigia unos ensayos en un teatro, pero un pensamiento le obsedia: Pablo. Sus ojos duros, su sonrisa forzada, su asedio constante. Pablo entrando al despacho con su gesto de humildad desesperante; Pablo con el cuadernillo de notas y el lápiz en la mano; Pablo tras él, frente a él, a toda hora, en todo momento; Pablo acercándosele y pronunciando en voz baja junto a su oído: "¡No cree usted que sería mejor asi? Hay una nota que dice..."; Pablo escarbando en su pensamiento, dueño casi de su voluntad y de sus ideas. No. Estaba resuelto. El no sería esclavo de nadie. Se arreglaría solo. No queria secretario, y menos un secretario como aquel hombre. Retornó a su casa decidido.

-Como usted quiera, señor. No dijo más. Bajó la cabeza disimulando una sonrisa y, cruzando las manos sobre el pecho, salió. Darro miró por la ventana cómo se alejaba y desaparecía tras la próxima esquina, Respiró muy hondo y se sintió feliz. Pero una semana después, ante las primeras dificultades para desenvolveme solo, ante la vista de su archivo donde imperaba un orden extraño que él no comprendía y que hacía imposible encontrar una sola nota, un solo papel, la costumbre de valerse de Pablo, de consultarlo a cada instante, trocó aquella sensación de alivio en desesperación. Decidió buscarlo, pero fué inútil cuanto hizo. Nadie supo dar informes de aquel hombre. Sin embargo, lo necesitaba cada vez con más urgencia, y maldecía la hora en que se le antojó despedirlo. Fué durante aquellos dias que una manana leyó en una revista un cuento cuyo argumento él recordaba haber planeado años antes. Lo firmaba Ricardo Lever, escritor de cuyos éxitos comenzaba a hablarse en los círculos artisticos del país. - Es mío - pensaba Darro para sí. - Eso es mío. En vano había buscado en su archivo algún antecedente sobre el tema, echando pestes de Pablo y deseándolo a la vez. Pero un día tuvo la evidencia precisa de que aquel argumento era suyo. No era posible una coincidencia tan grande. Había allí palabras, frases enteras que eran de el y que ahora recordaba con precisión. No vaciló más. Temprano fué a casa de Lever para exigir que le explicara. Estaba dispuesto a abofetearlo, Pero Lever no

viaje y que volvería una semana después. -Bien. Digale usted que ha estado aquí Darro. ¡Elias Darro! Que necesito hablar con él urgentemente. ¡Es muy importante! Descendió las escaleras malhumorado. Al llegar al pasillo que terminaba a lo lejos con una arcada de luz sobre la vereda soleada, el corazón le dió un vuelco.

se hallaba en su casa. Una sirvienta le comunicó que estaba de

- Pablo! El otro sorprendido, trató de esquivarse con su sonrisa peculiar. Pero Darro, tomándolo de un brazo y arrinconándolo con-



tra la pared imploró casi: - Como lo he buscado a usted! ... Varios dias ; Ah! Necesito que vuelva usted, Pablo ... Vamos a casa. Ahora mismo.
—No puedo —rehuso Pablo zafandose y comenzando a subir

-Le pagaré a usted lo que quiera, ¿Canto gana usted ahora? ¿De que trabaja usted? -volvió a suplicar Darro, siguiendole. -Con Ricardo Lever. Soy su secretario particular - habló, girando la cabeza y dirigiendo a Darro una mirada maliciosa. Trabala usted con Ricardo Lever? zándelo y temándelo otra vez de un brazo.

-Si -replicó Pablo deshaciendose de sus brazos y escapando escaleras arriba. Darro le miró huir. Claramente se le aparecia ahora todo. Un acceso de ira lo empujó tras aquel hombre.

—¡Es usted un miserable! —grito hacia arriba.— ¡Un ladron! Instantes después le alcanzó y descargo sobre el toda su colera. Sus palabras entrecortadas, su viejo resentimiento contra aquel sujeto, todo lo confuso que había en el, se estrellaban contra la actitud indiferente de Pablo que, con una mano en el picaporte de la puerta del departamento de Lever, escuchaba con su sonrisa impasible.

-Qué vanidad creer que puede hacer las cosas uno colo dijo. Y entro. Darro penetro también. Alli continuo gritando y acusando a Pablo de haberle robado su cuento para dárselo a

-Una idea es de todos -dijo Pablo de pronto.- Nadie es dueño de una idea. La única propiedad es de quien la trabaja mejor y la hace más hermosa. Y, acercando su cara al rostro de Darro, dito despacio y socarronamente:

-Anoche ha estado ustod tratando de hallar un buen final para su nueva comedia. Acuérdeze que Teresa, la protagonista, dice por ahi que... Darro le interrumpió entonces. Le suplicó varias veces que

volviera con él. Rogó en este sentido un largo rato. Olvidaria todo con tal de que Pablo volviese a su servicio. Pero Pablo se -Me quedare aqui -dijo.- Lever es menos vanidoso que

usted. ¡Cômo me hizo reir su aviso! "Escritor célebre". Hare célebre a Lever. Le convertiré en el primer escritor del pais. -; Con mis ideas! -grito Darro.

¿Suyas? Pero si usted no sabe qué hacer con ellas... ¡Ah!, son hermosas, muy hermosas... Duermen alli, en las cajas, apretadas, sofocadas en los margenes de los libros. Usted no... ¡Usted volverá conmigo! - rugió Darro fuera de si.

- Es su última palabra?

Brillaba un estilete sobre el escritorio. Dos golpes en la espalda, y Pablo se desplomó pesadamente sobre la alfombra con os brazos abiertos como una cruz caida.

Al dia siguiente ninguna noticia de su crimen. Ningun diario hablo del asunto. Cuatro días después, temeroso aún de que lo detuvieran, se animo a salir a la calle. Varios amigos le dijeron que le encontraban algo cambiado, quizás enfermo, quizás ... Esa incertidumbre cruel duro varios días más. Pero era necesario salir de ella. Necesitaba volver al lugar de su crimen para cerciorarse. Por telefono le pidió a Ricardo Lever una entrevista. Cuando este le contestó que le esperaba, Darro marchó apresurado e inquieto.

Fuma usted? ... - invité Lever .- Pues, hombre, no comprendo absolutamente nada. Yo no he tenido nunca secretario ni conezco a ese hombre.

Darro mirô nuevamente el despacho. El mismo escritorio, la misma alfombra roja, la misma ventana, las mismas pilas de libros alineadas en el estante sobre las paredes hasta llegar al teche. Y el estilete alli, en el mismo sitio. Lo tomó en su mano. Sintió que le quemaba y lo dejó.

-Y eso del argumento, le explicaré a usted: El protagonista de mi cuento le imaginé un dia en un café, estando frente a un individuo alto, algo encorvado y de ojos muy pequeños. Va tipo

Pablo! -exclamó Darro. -No sé quién era... Así que ya ve usted, mi querido colega, que su suposición es infundada.

Salió. La cabeza le daba vueltas. Tentado estuvo de volver a subir y gritar a Lever que.. Pero echó a andar. Días después, todos aquellos acontecimientos se le antojaron extranamente leanos. A la angustia sucedió cierta calma, cierta indiferencia dolorosa por lo pasado. Y otra vez comenzó a pasearse frente a las carillas en blanco que esperaban ser llenadas. Pero en vano trataba ahora de coordinar sus ideas y escribir un párrafo. Varias madrugadas le sorprendieron dando aquellos paseos, o sentado frente a su escritorio, de donde se levantaba sin haber podido escribir una linea. En la alta noche, los brazos caídos fuera del sillón, la mirada fija en la página en blanco, medio oculto su rostro por la penumbra que creaba la zona de luz tenue de una lámpara, Darro sintió como un sollozo interior que le destrozara el alma ante el vacío absoluto de su mente. Un espasmo de im-

potencia revolvió su cuerpo. Su mano crispada soltó la lapicera,

que cayó como algo inerto sobre la mesa.



Quisqui (por otro nombre "Córdoba", después de la imaginaria fun-dación de Jerónimo Cabrera y sus apologistas); fué en esta luminosa Quisqui, uno de los gloriosos presupuestos (por otro nombre "provincias") de la Nación; aquí fué donde un día la publicidad local se conmovió con la muerte de Conejo Barcino. No era para menos; un palurdo millonario; se pensaba en lo que dejaba por no poder llevárselo,

Como Quisqui, como el pre-supuesto, tenía Conejo Barcino su otro nombre: Diego Dieguez. Era chiquito, flaco, peludo, y con una admirable cabeza de conejo ceniciento. Analfabeto. Sin profesion y encostrado en la avaricia ancestral del inmigrante.

Cayó a esta adormecida Quisqui hará unos 50 años, venido en los cargamentos de los verdaderos conquistadores, los de la conquista de pan, nombre y hogar. Ningun programa traia para conseguir eso; palurdo completo, desde las alpargatas hasta las orejas... y murió millonario y analfabeto... La prensa reconociendo tan meritorio esfuerzo, echó mano de su servicio funebre de lujo llamando al extinto: "pioner del progreso", "factor de civilización" y "vacío difícil de llenar".

Conejo Barcino tuvo la genialidad y altivez de hacerse millonario sin dejar de ser palurdo, sin dejar de ser analfabeto hasta la muerte, en una urbe de universitarios alumbrados por un cenáculo de "altos estudios", tres veces y media centenario.

Nuestra sociología puede vanagloriarse de ofrecer a la desmenuzadora y malabareante filosofía analítica que la prestigia y oscurece, casos de una simplicidad desconcertante como este de Conejo Barcino, un proyecto de hombre, que no era mal hombre y era indescable.

Se decia soriano, pero dos sorianos que aquí residían protestaron indicándolo extremeño: más bien era portugues; esos clanes se confunden fácilmente, y muchos pioners aprovechan la confusión. Tantos caen ignorando u ocultando su procedencia, a colaborar en nuestro "acerbo" sociológico...

El inmigrante piensa antes de aventurarse ai viaje para con quistarnos, que si el negro y el indio viven aquí con taparrabo y analfabetos, entre barras de oro y de plata, que para nada le sirven, él puede hacerles de rey, porque trae más ropa y sabe darle destino a las barras; y para esa tarea no es menester oficio ni alfabeto. Muy bien pensado. Pero Diéguez no dió con las barras y el estómago daba con él, por lo que se metió de amasador en una panadería. Harina, agua, sal; luego, menear y menear; bien fácil era. Y meneó un tiempo, ahorrando el centavo con "saña feroz"; a despecho de su aceitera de máquina humana, su estómago. Sólo comía el pan a que su empleo tenía derecho; para Pascua los reyes magos le portaban un pedacito de tocino y una cebolla.

Conservaba las bragas y el saco rabón de "allende el océano"; grises y canchados a peladuras. Si Quisqui no hubiese tenido un solo sastre, Conejo no lo habria notado.

Un día cambió de casa; entró de amasador en una fábrica de masitas. Alli aprendió muchos secretos de la tenebrosa industria: perfumar huevos podridos; poner huevos sin haberlos: azucarar sin azucar; hacer dulce de membrillo sin membrillo; etc., etc. Agregó de su parte en aquella alquimia, la astucia bertoldina que es condición regular de los palurdos. El patrón se dejó seducir por

la devoción que comenzó a rendirle Conejo, y lo puso a colaborar en el mostrador. Eso era ya acercarse a las barras de los indios. Se sacrificaba... Amasaba



El dueño de aquel laboratorio expresó varias veces descos de deshacerse de él para descansar, Conejo tomo buena nota; pidió precio en memorable fecha; cerró trato y se convirtió en propictario. Compró una manta de tocino y una ristra de cebollas para comer diariamente, pero su estómago, enseñado a encogerse se negó a ensancharse, y Conejo sufrió esa rebeldía hasta su ultima hora.

Se habia hecho amigo de otro palurdo ignalito a el, física y moralmente, pero sabía leer y escribir y tenía cabecita de laucha; era zapatero; tenía una hermana. Conejo, se consideraba ya personaje; sentia la necesidad de secretario, y de confianza; soluciono ingeniosamente el problema: se casó con la hermana del zapatero, e hizo de

este secretario y cunado. Fué en su nueva categoría de patron del mostrador que conquistó sus patronimicos; cuando hablaban con el: Don Diego; cuando hablaban de él: "el Conejo". Como los reyes: Alfonso el Sandio, Carlos el Temblerario, etc.

Un inglés que con frecuencia viajaba entre el Plata y Europa, dijo que nuestro país, más que "eminentemente agricola y ganadero", era "eminentemente alquilador". Lo había deducido de una observación hecha repetidas veces en sus viajes: En el pasaje de primera y segunda clases, procedente de nuestro pais, haciendo estadística, descubrió que de diez pasajeros, siete vivian de alquileres, dos viajaban por cuenta ajena y uno era trabajador mental o industrial, en viaje de negocios o de vacaciones. Don Diego comprobó el estudio del ingles. Platita que le caía, la convertia en propiedades: siempre pichinchas; y alquilaba. Con el dinero de sus inquilinos siguió comprando propledades y alquilaba. Si no se muere, se compra a Quisqui entera y la alquila.

Don Diego no dudó que era un hombre superior, como tantos otros palurdos venidos a más; y valía la pena verlo cruzar las calles con su cabezota de conejo, lleno de suficiencia, como si hubiera descubierto la piedra filosofal, y todos lo mirasen con desco de pedirle participación en el secreto.

Conejo jamás levanto una tapia de ladrillos aunque la prensa lo tildo de "pioner". Compra ba para alquilar y no para gastar más en lo que compraba.

En habladurías la fama de Quisqui como lugar de curación para graves enfermedades, Conejo compró ranchos en las afueras y los alquilaba a precios leoninos cuando olfateaba enfermos. El azar lo castigó: en una recorrida por los ranchos, pescó una pulmonía y se lo llevó la trampa.

Infinidad de anécdotas corren en Quisqui de Conejo Barcino y sus familiares; contribuciones inapreciables a la sociología local. ¿Qué ley de compensación existe entre un palurdo y su fortuna? En esta Quisqui, uno de los gloriosos presupuestos de la Nación, centro cultural en el que hombres inteligentes y estudiosos disimulan sus angustias financieras y morales detrás de sueldos medidos, siempre inseguros, porque cuelgan como pedazos de carne que los lobos contemplan midiendo el salto necesario para atraparlos, ¿por qué triunfa un palurdo ajeno al medio y paria en todo ambiente?

La sociología dice muchas cosas, pero de esto mada nos ha dicho; debe develarnos el fenómeno, y que lo entendamos bien, para aventurarnos a meternos en "el vacio diffcil de llenar".

VICENTE ROSSI Hustración de Sorazábal



ILEGO DE DC

ARGUEI -Yal... Se clavó el bichero con ansia en un travesaño del muellecito e inició el despego con un envión fortisimo que hizo bandear a "La Maleva".

-[Ayl - Jesús, Maria y José! Las mujeres, dos, - pañoleta roja, pañoleta morada - se arrebujaron entre tiritones y junto a la cerca de estacas retonecidas, el nino, que rola un sorazón de manzana, lo dejo caer. Se meció desacompasada la cala por unos instantes y repentina amenaza de vuelco corto las respiraciones. Largo sisco de pajaro marcó la emoción de la escena con filuda raya de miedo. Temblaron las manos del viejo que ayudara desde tierra al funebre embarque y fosforecieron las pupilas del mozallón de la lancha. Una súplica extinguida hacia muchas horas, volvió a secretearles con voz de la muerta:

Déjenme en la isla! Mínimo e imposible ruego. Pancho Saldias, el lanchero que ahora anudaba con parsimonia de rito el luto humilde de su pañuelo, iba a llevársela, aguas abajo, en el atardecer.

Se acomodo el mozo para empunar los remos que los toletes mordian desde largo rato, y al inclinarse sintió un aleo en la oreja. Eran flores. Un punado de azulinas que acababa de arrojar la mujer de la panoleta roja, una varona de ojos enjutes y prominente menton.

Es tarde. Saldías había hablado vagamente, mirando a la noche pero la mentada debio barajar el fintazo, pues con ademan maquinal fuese a enderezar el pabilo que vacilaba en el farol colgado de una cucana sobre la

No sin trabajo, el viejo se hincó. -Adios, m'hija. Yo quisiera

acompañarla, usté sabe... Pero no ha'e ser. Bien acompañada va. La lleva Pancho Saldias, m'hija...

Hipaba adolorido. Su propia entonación rota le sonaba extranamente, y siguió una retahila trémula, con apuro, como si antes de las lágrimas necesitara aquel desahogo para librarse de la pena como del fardo de ramas espinosas que tantas veces le araño el hombro.

Cuando quiso enderezarse, magulladas las rodilias, los ojos secos, miro con estupor al frente. Nadie. La banda solitaria, desnudaba unos juncos altos, raos, semejantes a dientes de escarpia. "La Maleva" había torcido el rumbo hacia el brazo grande del río. Las mujeres ya no estaban a su lado. En la casa, parada sobre zancos en un maderámen de astillero a trechos vestido de plantas como algas que medraran en un casco sumergido, había luz. Esa luz ofensiva, sin duelo, se colaba entre los árboles próximos, provocando píos a la sordina de páfaros en desvelo. Sólo el niño seguia junto a la cerca. Lo llamo. Hallôle el nombre nuevo, descascarado y roto.

Remolón fué allegándose el nombrado hasta verse cenido a disgusto en un abrazo cortado de temblores.

Impávido el chico se sobó las narices con el dorso de la mano y, sin prisas, rompió con los

-Sabe quién era ella, m'hijo?

dientes la pulpa apretada y olorosa de una reineta. Remaba Pancho Saldias bajo la mirada lechosa de la luna. Frio sutil y terco, hecho niebla

a ras de las aguas, porfiaba en entorpecerle los movimientos. Terrible silencio venia de ambas bandas y lo envolvia totalmente como si ya lo hubiese aprisionado la eternidad. Arriba, estrellas inmóviles. ¿Qué tenían esa noche que ni siquiera pesmneaban? A los lados, a muchas brazadas de distancia, negrura de plantios y arboledas, tristeza agobiadora de sauces. Delante el camino movil, cada vez más ancho, con más silencio y más plata. ¿A donde iba? Por un segun-

do no se acordó. -Si me estaré muriendo...pensaba con desgano.

-; Ah, si! A San Fernando, a entregar a los parientes que, avisados ,esperaban, el cuerpo de Santa para darle sepultura. -¡Santa! - Sin ver casi la caja tosca hecha sin arte y con apremio, le acomodó con una mano su manta nochera remendada por ella. La tibieza del recuerdo lo confortó como un candial y se le vino a la memoria su última imagen. La vela rigida en el lecho bajo la guarda del San Francisco encapuchado a quien encendia cabitos bendecidos los días de creciente. Sobre una cómoda — otro sitio

Isabel Alonso Deyra ILUSTRACION GUIDA

tro velas ardian. En la cabecera, atadas a los barrotes, se helaoan tres rosas de papel, más de papel y menos rosas que nunca... Por un instante los triangulitos de llama del velorio lo obsesionaron. Los veia bailar en la corriente sin apagarse o se le aparecian a popa doblados en la dirección del

-¡Santa! Llamábala bajito, como si hasta alli se extendieran la vigilancia del oido perverso de Antuca, la tía vieja, y la autoridad imponente del abuelo Martin. La manta mojada de luna aclaraba el brillo de la caja que, a ratos, simulaba estar abierta y vacía. Arreciaba el trio y los dedos, agarrotados sobre los remos, aflojaron. El agua, rodando incansable, comenzó a chocar ,más crespa, más peleadora contra "La Maleva". En los flancos, chasquidos sonoros producian estallidos, crepitaciones raras como ecos de palabras. Deshecho el silencio, Paneno Saldias intento oirse él

también. -Ahora va solita, conmigo, la nina. Cierto que muda y sin coler. Pero ... va conmigo ...

Repentinamente hubo fiesta en el fondo del río. Las estrellas hicieron guiños y los geniecitos del cauce pusiéranse a horcajadas en la tajada de luna.

Kestallaron las cintas de los re-

molinos y sus latigazos florecie-

ron en racimos de burbujas al-

rededor de la lancha y sonáron-

le al remero tan familiares co-

mo los cohetes del anuncio de

visperas de la fiesta de Aranza-

Pancho Saldías entumecido y

delirante, revivió todo su pasa-

do en un instante fugaz como

el bello y terrible minuto de los

-Este comprò un huevito;

La vieja simpleza adquirla

en el diálogo infantil caracteres

de algo solemne. Se empeque-

necía la mano de Santa en la

del muchacho y contrastaba co-

mo una hoja de vello aterciope-

lado sobre un montón de greda.

Era después el esconder una pie-

drecita a puño cerrado y el chi-

llar a destajo, sin parar mien-

tes en la jaqueca de nadie, el

conjuro para hallarla con bien:

Digame Dios

Está.

La pura verdad

En ésta o en ésta

Martin de la Cuesta

Si en ésta o en ésta

-Juego de des... invento del

diablo - sentenciaba de impro-

viso la tía - tan áspera, tan se-

ca - desvaneciendo el entrete-

nimiento de un manotazo y

arrastrando consigo a la nena

cuya rebelion marcaba entre

lloros un prolongado zapa-

teo. Luego más crecidos, -

docena y decena de años

fué el sentarse en el embarca-

dero muy juntos, y el golpear-

se los pies con una varilla de

Muda y sin color ...

que van a ahogarse.

éste lo puso a asar...

no había donde ponerlas - cua- mimbre, silabeando el estribillo: Zapatito de charol

Botellita de licor Hay de menta y hay de rosa Pa la niña güena moza.

Mala gramática y fina intención. Descubierto el requiebro se ponia el colorado pero ella, bobita, se lo hacia repetir ... Una vez, al no encontrarla, la llamó a gritos, y la voz de Antuca no tardo en corregirle el desplante.

-Aquí no tiene nada qué hacer el mocoso. -1Y por qué, vamos a ver,

por qué?... -Tan atrevido el peoncito

Peoncito... Ganas le dieron de ahogarla. Pero se fué, gacha la cabeza y corrido, a tirarse de bruces en el bancal, sorbiendo tierra amarga con cada sollozo. Redaron los años. Para el muchacho, que no tenía más arrimo que el viejo Martin, se achico el horizonte en un paisaje inmutable de troncos de alamos véndose como una procesión de cataclismo en la fila de lanchas compradoras. Sin domingos puebleros, afinada su paciencia en la espera del pescador de caña, todo lo que pasó después, el agasajo de Antuca al ingeniero agrimensor que fué huésped "cuando el desmonte grande". la desaparición de Santa al poco tiempo y el dolor del abuelo



Parpadeó el buen hombre y mintió trabajosamente como si

tragara hieles. -En Buenos Aires, muchacho. En casa de sus tíos, los

Aspe. Antuca, envejecida, siguió sonriendo artera. Los álamos, despojados de su gala, cruzaron los amaneceres de tres años. Y una noche recibió la orden ex-

trana. -Mañana hay que ir a buscarla al pueblo. Sonámbulo, sin pena ni go-

zo, fue. La acompañaba un niño. Ella se apuro para explicarle al mozo que el chiquilin era el último de los Aspe.

Quedó solito y me lo traje. —Ajá.

La cara redonda, el hoyuelo de la barbilla, le evocaron un rostro perdido entre malos recuerdos y rumió un pensamiento que salpicó de barro el vestido blanco de ella. Poquitas palabras. El viaje entero, a pleno sol, fué un mirarse de lejos. Está flaca, pero más mu-

-El mismo de siempre, el mismo - musitaba la otra con metancolfa. -Llorosa parece...

Se aterró el viejo Martín de la nieta y sus regalias maduradas en la angustia de una desolación que creyo sin término, quisieron devolverle su lozana estampa de antes. El niño, asombrado en aquel pedazo de naturaleza casi salvaje, tan nuevo a sus sentido, se alejo de Santa y Antuca lo guió a escondidas, con mimo traidor. La joven desmejoraba visiblemente. Tenía quebrantos duraderos y rachas cortas de mejoria.

En cierta ocasion, el chico trepado a un árbol cuyas ramas se arqueaban sobre el río, iba a iniciar un avance temerario. En los ojos de la enferma que cosía al sol se encendió una chispa de locura. Alzose trémula y su propio rugido de fiera la despertó.

-Hi. .! La paiabra sugrada, trunca, tué a ciavarse en ci corazon dei hombre que vio caur a Santa desvanecida. Con delicadera la arrebujo en el chal luego de acomodaria en la silla. Temblo en la penumbra la risa antipatica de Antuca y su desafio quedó vibrando largamente.

A salvo el travieso y reanimada la muchacha, sus pupilas sombrias buscaron la mirada leal del varon.

-Siempre - dijo el como contestándole a tiempo que le quitaba una hojita de entre el cabello. En un aparte soslayado la tía vieja se burlo: -Pa cuando el casorio? Ya

está más baja... Saldías se alejo mirándose las manos pensando otra vez sin asco que tenía en sus dedos de leñador una gargantilla mag-

nifica para la innoble. Un día, tras una pausa de adoración, su gesto abarcó el brazo de río, calmo y convidador. Ella, mirándolo mucho y mirando luego las nubes del

atardecer, repuso: -Pronto me llevará ... -Palabra cumplida. Pero iba muda y sin color. Deliraba el lanche-

-¿Jugamos, Santa? Hay de menta y hay de rosa

Pa la niña ... Alargó la mano para tocar el piececito trigueño de uñas rosadas y sintiò la madera mojada y fria de la caja. Un estremecimiento le hizo vibrar los musculos y se aferro a los remos.

-Hip... hip... - jadeaba, consciente ya. La proa de "La Maleva" partia con encono las aguas donde se había ahogado la luna. Lanchas descargadas comenzaron a pasar, aguas arriba, hacia las islas, donde a esas horas caían los álamos bajo el furor de los hachadores. Los hombres se quitaban la gorra repentinamente serios y alguno ofreció a gritos ayuda. En un yate anclado vió a una mujer de cabellos rojos, quemada de afeites, persignarse con amplio ademán de escena.

El trajin portuario de San Fernando anunciaba el fin del viaje. Sirenas, marejada, atraque diffeil, preguntas. ¡Ah, las preguntas!

El hombre, viendo alejarse a la muerta, se quedo como la lancha. Vacio...

Regreso. Tirado en el fondo de una embarcación entre cestas con olor a junco y a fruta, Saldías, que no sentia los brazos de puro doloridos, miraba con parpadeo de ciego. Sauces, nubes, caras. Todo

seguia igual a pesar de "aquello". La misma espuma deshilada, los mismos dientes de coco del negro timonel del "Yacare" que lo conducia, el mismo cielo de la ida. -; Cosa bruta! - dijo con re-

beldía. Pensó en la casa appada en los gruesos tirantes con espirales de enredaderas; en los tarritos de trigo de una ventana con sombra de ramas de manzano, en el mirar celoso de la tía gigantona, en el ir y venir de la otra isleña humilde, la de la pañoleta de color de humildad. También aquello seguiría igual, igual, igual.

-¡Cosa bruta!-Se sentó con trabaje y, fascinado, mirôse en el agua huidora. Ah, dormir, dormir alla abajo! Le pareció que el cuerpo de Santa, decapitado, pasaba rápido por la hondura turbia, yéndose, yéndose siem-

Quemaba el nire. El río se bifurcaba en largos espejos tentadores. Arriba, aves en vuelo trenzaban augurios. Quiso pensar en el rostro ausente y no acertó. Se le desdibujaba y le

Cosa! ... - Ya no acabó la frase. Se tanteó los brazos y se puso de pie para ayudar en un viraje. El timonel — recién se atrevió a mascullar su cancioncilla obscena. Saldías, perdido entre nieblas, se hallo a si mismo en el reir cómplice.

-La vida... Ganas le dieron de estrecharse una con otra su derecha y su izquierda en un saludo optimista. -¡Amigazo!

Saltó al embarcadero de la isla y, agil, entro sin ver a nadie en su cuarto donde casi le asombro el lecho intacto. Salio con el hacha al hombro y a paso elastico se interno en la marana. Se oyeron tres golpes, un chis-chis seco y luego el derrumbe sonoro, largo y penoso de un

Le pareció que había estado preso en su sueno de fidelidad y que de tres hachazos acababa de romper las rejas. Se secó el sudor y respiro resoplando como buey después de la arada, bebiéndose el viento, el sol, la fragancia de la tierra.

Juego de dos... Saldías habia hallado el as del triunfo.



«ASDE ASES»

N los inválidos -allí mismo donde el Gran Emperador duerme su sueño inmortal- pueden verse aún los restos de lo que fuera un pequeño aeroplano de combate. Sobre su fuselaje se lee Virjo Carlos. Al lado, una sencilla placa recordatoria lleva grabada esta leyenda: Muerto en el campo de honor, noviembre 9 de 1917, después de tres años de heroica lucha. Y más abajo, esta sola palabra; Guynemer.

Cuando aun estaba vivo, Georges Guynemer era ya un mito. Los aviadores aliados tenían en él una fe ciega. Brocard, el gran piloto, que fue su melor amigo, lo define de este modo: "Guynemer fue una poderosa idea alentando en un cuerpo frágil". En cambio, para los obscuros parias del ejército francés, los soldados de infanteria, fué un símbolo viviente, casi un ser de leyenda.

Poseía esa cualidad innata que hace de un hombre un dios. Al incorporarse a las Cigüeñas, la escuadrilla de aviones más cétebre de Francia, ese muchacho de veinte anos, endeble y enfermizo, fué objeto de la burla de todos. Era apenas un piloto discreto; pero, gracias a la infalible precisión de sus tiros, daba cuenta en treinta segundos de su adversario. Un día derribó dos Fokkers alemanes en un solo minuto. El 25 de mayo de 1917 derribo dos por la mañana y otros dos por la tarde.

Caballero de la Legión de Honor, Medalla Militar, Cruz de uerra con 26 palmas Cruz de San Jorge Cruz de Lecoldo, D. S. O. (Distinguished Service Order, una de las más altas condecoraciones inglesas), para no mencionar sino algunos de sus innumerables titulos, fué siempre un héroe modesto.

Cuando las balas enemigas habían agujercado su fuselaje, trazaba a su alrededor círculos rojos. Eso fué Guynemer: el arrojo hecho hombre. Pero ese arrojo le hacia falta; su mala salud era notoria, y hacia el final convulsionaban su cuerpo frecuentes y dolorosos accesos de tos. Y, sin embargo, fué más grande que todos; mas grande que Heustaux, Nungesser, Lufbery, Rickenbacker. Como jefe de la escuadrilla Las Cigüeñas -- de donde salieron seis tefes de otras tantas escuadrillas— se destaco por su serenidad en el

A veces solia decir: -No hay duda: he nacido bajo una buena estrella. Derribado siete veces por el enemigo, aquí me tienen, vivito y coleando.

combate y sus condiciones de estratega.

En Francia, los origenes de la familia Guynemer se remontan a la época de la Chanson de Roland. Un Guynemer fue a las Cruzadas. Uno murió en Vilna, bajo las órdenes de Napoleón; un tercero perdió la vida contra Nelson en Trafalgar. El padre de Georges era un oficial retirado de la famosa escuela de Sint Cyr.

La salud de Georges dió siempre mucho que hacer a sus padres. De constitución enfermiza, pasó dos largas temporadas en Suiza, sin que el aire puro de las montañas produjera mejora alguna en su

Más tarde, en el colegio Stanislas, no pudo jugar al "foot-ball", pero disparaba el rifle como nadie, y su intrepidez y su valentía anel peligro rayaban en la locura.

Obtenido su título de bachiller, estaba por seguir los cursos de la Escuela Politécnica, cuando una repentina recalda lo obligó a desistir de ese propósito, y a los 19 años lo encontramos en Biarritz, reponiéndose de su grave enfermedad. Era en julio de 1914, fecha que señala el estallido de la Gran

Guerra, y el comienzo de la leyenda de Guynemer. Tres veces rechazado por la oficina reclutadora de Bayona, acudio por última a su padre, que, en su calidad de oficial retirado,

la sanción recaída sobre el. El señor Guynemer se presentó en la oficina reclutadora, cuyo presidente le dijo:

podría, tal vez, hacer modificar

-Señor, me dirijo a un antiguo oficial. ¿Cree usted, en toda conciencia, que su hijo podría llevar la mochila del soldado o montar un caballo?

Al volver ese día el joven Guynemer a las arenas del Angelet, donde vivia su familia, sus ojos echaban chispas. Epoca de profunda depresión moral. Luego, de pronto, vino la respuesta bajo la forma de un aeroplano que cie ta tarde realizó un aterrizaje forzoso frente a la casa Guynemer. Puesto que no podía llevar un fusil, y estaba demasiado enfermo para montar un caballo, serla piloto.

En el cuerpo de aviación de Pau, adonde fuera días más tarde, discutió, rogó, imploró tanto, que las autoridades acabaron por ceder. Le fué permitido seguir el curso de mecánico.

A partir de entonces no se dió tregua, Acosados a preguntas, los pilotos lo rehuían como a la peste. Y en dos meses sabía tanto

de motores de aviación como el más entendido de los mecánicos. Poco después era promovido a practicante de piloto. En marzo de 1915 condujo su primer avión, efectuando círculos en torno a sus veteranos compañeros, que no salían de su sorpresa ante tanta pericia. Desde Pau fue enviado a la gran escuela de combate de Avord. Y en junio de ese mismo año lo llamaron a Vauciennes para llenar un vacío producido en la Escuadrilla M-S 3: Las Cigüeñas.

Por su extrema Juventud fué el hazmerreir de todos. Le encargaron tareas livianas, tales como la de fotografiar las fortificaciones y las trincheras enemigas. Hasta que el 9 de junio resolvió tomar el asunto en sus manos,

Ese día emprendió el vuelo a espaldas de sus superiores. Cerca de Soissons vió venir a su encuentro un Aviatik de dos asientos, al que derribó en pocos minutos.

Esta vez su regreso al campo, a pesar de la grave infracción cometida, fué saludado con prolongados aplausos. Lo nombraron sargento y le dieron la Medalla Militar. Contaba 21 años.

El 5 de diciembre de 1915 acribilló a balazos a otro Aviatik sobre el bosque de Ourscamp. Tres días más tarde, sobre las trinche-ras de Beuvraigne, volteó el tercer aparato enemigo. Seis días después hirió de muerte, desde abajo, a un gran Fokker de bombardeo. que por poco lo arrastra en su caída. Tres victorias en nueve días. En cierta ocasión fué derecho contra un avión enemigo, otro gran Fokker provisto de dos ametralladoras, cuyo fuselaje orzaron sus ruedas. Situación extremadamente crítica para él, pues se exponía así a los tiros de su poderoso adversario sin poder responderle. ¿Qué hizo? Muy sencillo: tras una magistral zambullida, fué a colocarse exactamente debajo del Fokker. Imposible ametrallarlo en esa posición. Por útimo, disgustado, el avión enemigo volvió a su base-

Al pedirsele sus impresiones sobre esa jornada, Guynemer se limitó a contestar:

-Pues... en cierto momento crei que alli se acabaría mi

El ejército empezaba a ocuparse seriamente de él. Un muchacho de 21 años que contaba en su haber catorce peleas y cuatro victorias, no podía ya ser motivo de burlas. La vispera de Navidad recibió una citación concebida en

estos términos: "Piloto de gran valor, modelo de devoción y de coraje". Fué promovido a teniente segundo. Un general toco sus en la Edad Media, y Georges K1Chard Guynemer se viò convertido de la noche a la mañana en Caballero de la Legion de Honor.

POR

En febrero de 1916 tuvo lugar uno de los episodios más memorables de la gran contienda: la ofensiva alemana contra Verdún. Las Cigüeñas emprendieron el vuelo hacia el frente de batalla a través de la Champagne. Durante el trayecto Guynemer se anotó una nueva victoria contra un aparato enemigo. Pero ya sobre Verdún la suerte le fué adversa: un aeroplano alemán de dos asientos (y dos asientos significa dos ametralladoras) se trabó en lucha con él, y tras una desesperada resistencia Guynemer fué derribado. Lo recogieron con dos balas en el brazo izquierdo, un fragmento de hierro en la mandibula, y la cara deshecha.

Tras una corta estada en París, volvió al frente, y en julio, durante una batalla aérea, fué derribado por segunda vez, con la hélice hecha pedazos.

Una semana más tarde conquistaba su novena victoria.

Durante la primera batalla del Somme se multiplico. Junto con Alfred Heurtaux voló sobre las trincheras alemanas, acribillándolas a balazos. Poco después daba cuenta de un nuevo aeroplano. El 17 de agosto le bastaron tres balas para inutilizar a otro, y el día siguiente, un tercero con sólo dos tiros. ¡Cinco tiros para voltear dos aeroplanos!

El 9 de septiembre, durante una encarnizada pelea con fuerzas muy superiores, estuvo por tercera vez a punto de perder la vida.

A las once y media de esa mañana sus tiros acabaron muy pronto con un Aviatik, que se precipitó a tierra envuelto en llamas. Un minuto más tarde, caía su segunda víctima, mortalmente herida. Tres minutos después, la tercera. Fué entonces cuando una bala francesa ,al destrozar una de las alas de su avión, le hizo perder el control del aparato, que cayó desde una altura de diez mil pies. Sólo la reciedumbre del fuselaje evitó una catástrofe.

Cuando pudo, por fin, salir de los escombros, vió a pocos metros de distancia lo que quedaba de su segunda víctima del día: Guynemer la había arrastrado en su caída! Nueva temporada en el hospital. Pero esta vez sus superiores

no trataron de disuadirlo de que no volviera al frente. Contaba en su haber diez y nueve victorias. . . Velvió. Su salud quebrantada inspiraba serios temores, mas

ella no fué un obstaculo para que, el 10 de noviembre, anadiese dos victorias más a su plana de servicios. El 22 volvió a repetir su hazaña. En enero de 1917 su carnet de vuelo señalaba treinta aviones enemigos derribados. Fué nombrado capitán, y ese mismo día volteć tres Fokkers. En mayo 8 su "score" marcaba treinta y ocho, y en junio 5, cuarenta y cinco. ¡As de los ases! Cuando Las Cigüeñas emprendieron el vuelo rumbo a Flandres,

esa cifra había subido a cincuenta y uno. Era ahora el héron de la guerra, y las masas rendian culto a su increfble arrojo. Pero eso debía costarle muy caro.

> Las batallas aéreas a cuatro mil metros de altura no son las más indicadas para los enfermos pulmonares. Contrajo una tos violenta, y los médicos, al exa-minarlo, alzaban las manos con horror. Sus argumentos, sus protestas, se estrellaron, empero, contra la férrea voluntad del muchacho, que les dijo por tala respuesta:

- Al diablo mi salud!

El 27 de julio del mismo año, tras una corta temporada de reposo, estaba de vuelta en el frente. Al día siguiente derribo a un Albatros, sobre Roulers. Dos semanas más tarde, en cuatro días, precipitaba a tierra tros aviones más. [Cincuenta y tres victorias! Aun los macizos pilotos ingleses empezaron a creerlo inmortal. Cientos de balas habian perforado sus ropas, rozado su cabello; pero, hasta ese momento, ninguna había llevado impreso su nombre...

Ahora sólo sus amigos más intimos le hablaban de retiro. Pero sus insinuaciones sólo provocaban la risa del joven heroe. Sus viajes a Paris eran verdaderas apoteosis. Las mujeres se apiñaban en torno a su alta y delgada silueta. En cierta ocasión, una entusiasta le arrancó los guantes, y Guynemer tuvo que in a misa sin ellos. Su pequeño "roadster" blanco era más popular que el coche del presidente. Cuando, en las ceremonias oficiales, llevaba sus medallas, le cubrian literalmente todo el pe-

Era la modestia en persona. Un dia, Jacques Mortane, celebrado periodista parisiense, le dijo: Voy a escribir un artículo sobre usted.

-Muy bien - repuso al punto Guynemer - escriba todo lo que quiera, siempre que no mencione mi nombre. Setlembre de 1917. Por primera vez en su carrera, la suerte le es decididamente adversa.

Al atacar a un gran Aviatik, su ametralladora no funcionó. Volvió a remontar el vuelo, encontrándose esta vez con dos aviones enemigos: el mismo inconveniente. Luego, varios días de mal tiempo. Poco después, tras un decollage impecable, se perdió en medio de una espesa niebla. Al día siguiente efectuó tres salidas. A la primera, los motores fallaron. A la segunda, fué derribado por tres aparatos alemanes, efectuando un aterrizaje forzoso. Al reanudar el vuelo, se inflamó la nafta, obligándolo a descender por tercera vez.

Comentando estos incidentes, manifestó a un amigo:

- Mi suerte ha durado demasiado. Los pilotos le rogaron que volviese a Paris. Por fin accedió. Era el 7 de noviembre. Fué la última vez que el pueblo de la Ciudad Luz pudo aclamarlo.

El 9 ,a las ocho y media de la mañana, se instaló en el puesto de comando de su pequeño avión. El teniente Bozón-Verduraz, por su parte, hacia lo propio con otro aparato.

Sobre Poelkapelle vieron venir a su encuentro a dos aeroplanos señalados con la cruz de hierro. Sin vacilar, Guynemer fué derecho hacia el primero, mientras Bozón-Verduraz se trababa en lucha con el segundo. Cuando pudo por fin mirar a su alrededor, sólo vió las siluetas fugitivas de los dos Fokkers. Describió grandes circulos, sin hallar rastros de Guynemer. Esa noche, la escuadrilla aguardó en vano el regreso del héroe. Un escueto parte oficial: "Guynemer no ha vuelto", debía acabar con sus esperanzas.

Toda Francia lloró su muerte. Las banderas fueron puestas a media asta. Los alemanes afirmaron que el cuerpo de Guynemer estaba sepultado en Poelkapelle, pero cuando las tropas inglesas tomaron ese pueblo, no hallaron sepultura alguna. Otra noticia afirmaba que su aparato cayo en la Tierra de Nadie, haciéndose trizas.

Aún hoy, los campesinos franceses están firmemente convencidos de que Guynemer no ha muerto. ¿Como puede morir un ser inmortal? Como Juana, doncella de Orleans, bajó a la tierra cuando la necesitaban, v. una vez cumplida su misión, so fué hacia el infinito, de donde vi-

niera. Hoy dia, Guynemer vuela con ILUSTRACION PARPAGNOLI las águilas.



VELDEINO DE LA TSE-TSE L camino que seguimos, de Yaounde a Ayos, ofrece el en-canto de un maravilloso jardin. Verdes de un verde profundo, inalterado, eterno, las palmeras se suceden. Un agua abundante las anega casi. Como toda el Africa Ecuatorial, el Camerún tiene buen riego.

Mujeres indígenas pasan, agobiadas bajo una banasta. Muchas llevan un delantal de algodón de colores abigarrados. La moda de las otras es uniforme. Algunos cordones de abalorios alrededor de la cintura sostienen por delante un cuadro de paño y, por detrás, un almohadoncito: el "ebru", de fibras de rafía; cuando la muler camina, esas fibras se balancean graciosamente. A cada -naso; cuando se sienta, las recoge bajo ella: es un aparato, a decir verdad, muy comodo. Nunca una inuigena se saca el "ebru", mi aún cuando se baña, ni siquiera cuando tiene un vestido a la europea. La silueta un poco comica que presentan así, vistas de espaldas, recuerdan las de nuestras madres, allá por el año 80, cuando se usaba el polizón.

De pronto se nos acerca una figura envejecida por el sufrimiento. Es un niño delgado, grisáceo, recubierto de una caparazón de barro que se levanta en escamas. Huérfano, seguramente, No hay manera de equivocarse: sus pies están roldos por las niguas, terribles insectos de la selva. Nadie en la tribu se ocupa de el. Para no morirse de hambre, busca sus alimentos entre las basuras. Siempre sucede lo mismo. En Bagante le trajeron al administrador un bebé de cuatro días; la madre había muerto al darlo a luz. Ninguna mujer, en la aldea, quiso darle el pecho. Hay un sentimiento oscuro para nosotros, la obediencia a una interdicción ritual: el "eki". Quien no la acata, es castigado directamente o en la cabeza de los suyos,

Paramos en el kilômetro 84. Sobre el borde del camino, el jefe indígena de la región hace construir una gran choza. Sus mujeres la edifican. Desnudas enteramente, salvo el "ebrú", remueven la tierra, la mezclan con los pies. La ardiente luz del mediodía las fulmina. De sus cuerpos sudados sube un olor repugnante. El jefe ha pagado una dote para tenerlas. Ellas son la marca exterior de su riqueza y, más aún, admirables instrumentos de trabajo. A las mujeres les tocan los trabajos más penosos. Mientras que ellas no paran un minuto, el hombre vive en una feliz pereza. Su sola fatiga consiste en comer las legumbres, los frutos que sus mujeres han cosechado o en recibir el dinero en el mercado. Un jefe rico posee centenares de mujeres. Tan sólo algunas de ellas son sus esposas. Las otras son simples obreras. Cuando muere, su heredero las recibe con los demás bienes. Cuanto más muieres posee el indígena, más dispone de productes para vender, más aumenta su riqueza y más mujeres puede comprar.

A primera vista parecería que son los indígenas que tienen más mujeres los que debian tener más criaturas. No ocurre así. El sultán de los Bramouns, M'joya, ha tenido mil doscientas mujeres, y tan solo ciento cuarenta y siete hijos. El Jefe de la región Mangelos tiene mil cuatrocientas mujeres, y ningún hijo. Desde el punto de vista de la repoblación, la poligamia es un verdadero peligro. Almorzamos en compañía del doctor Jamot, jefe de la estación sanitaria de Ayos, Naturalmente hablamos de la enfermedad del sueño. El doctor Jamot me pregunta:

- Ha visto ya moscas tsé-tsés?

O cursi, como manifes-

tacion humana, ocupa,

un lugar bastante am-

-Sí, en proyección. En el mismo momento una mosca vuela cerca mío. Exclama: - He aqui una!

Es una mosca filaria. Sus alas no son en forma de tijera, su grueso vientre negro está estriado de amarillo. Si me pica, me atacará la filariosis. Pelotones de gusanos, en ese caso, se albergarían bajo mi piel, me saldrían por los ojos. Con la mano, alejo el odioso insecto. La mosca se va zumbando:

-Prueba suplementaria - dice uno de los jóvenes médicos que nos acompañan - de que no se trataba de una tse-tse. Las tsetses son silenciosas.

¡Silenciosas! La mesa se divide en dos campos igualmente vehementes. Por un lado se afirma que la tse tse produce, al desplazar el aire, un ligero susurro. Por el otro, se niega que se deba a una onomatopeya el nombre de la mosca (se-tse, Poco importa; de todo esto lo que yo saco en limpio, es que todas las moscas aquíson temibles. Pero al parecer exagero.

Para que la tse-tse se torne infecciosa - me explica el doctor Jamot - es necesario que haya picado a un enfermo con tripa rosomas y absorbido, con la sangre, los parásitos que en ella se encuentran. Todas las moscas que pican enfermos, nos infectan y todas las que se infectan no son infecciosas.

- Y la enfermedad es siempre mortal, doctor? -No siempre, El doctor Montestruc, que viene con nosotros, fué contaminado en Ayos, y sin embargo se salvo. Su buena salud, en efecto, es evidente.

examen de la sangre reveló que yo alimentaba magnifices tripa-Nos ponemos nuevamente en camino. Pronto alcanzamos el

por Enriqueta Celarié * Illustraciones de Guevara

valle del Nyong. Nos cruzamos con mucha gente que vuelve de sus

lave o picaporte, cuando tenla que abrir una puerta cualquiera.

Ese signo es, por otra parte, el que me dió la voz de alarma. Un

-Usted ve las cargas que esos indígenas llevan sin flaquear -me dice el doctor Jamot. - Usted ve su aire de salud. Hace algunos años no hubiera visto más que espectros. Estamos en el antiguo reino de la enfermedad del sueno. Su cuna está situada en el valle del alto Nyong. Un oficial alemón, el capitán von Stein, la señaló por primera vez, en 1901. En esta región, el bosque es pantanoso, las tse-tses son innumerables y la población relativamente densa. La enfermedad encontraba condiciones favorables a su desarrollo. Vaciaba las chozas, despoblaba las aldeas. Donde habían tres mil habitantes, no tardaba en dejar quinientos. La tribu Djena tenia once villorrios y hubo que reagrupar en dos lo que quedaba de la población. Me acuerdo de una aldehuela de 60 habitantes: todos, menos uno, estaban contaminados, y aun éste, poco despues cayo enfermo. Los atacados estaban condenados a morir. No se sabia como curarlos. Cuando llegaban al último término de la enfermedad, frecuentemente los indigenas lo llevaban a una choza aislada. Así es que más de una vez ha sucedido que una vieja pantera que no tenía va fuerzas para cazar, pero que tenía hambre, pe

netrara en la choza y devorara al moribundo dormido. Miro el paisaje. Sobre el flanco de un montículo, se diseminan plancas casas sonrientes. A nuestros ples se extiende el valle del Nyong, Tiene una dulzura encantada, una paz que purifica. Pero he aqui que ya comienza el crepusculo africano, cuya tristera apreta el corazón; la orquesta de los mosquitos comienza su concierto. Lmerence. - Prólogo de Victo-El doctor Jamot me dice:

-En el Nyong, no lo olvide, la dosis de quinina es deble. Al día siguiente, marchamos bajo un sol feroz.

El doctor Jamot me lleva al hospital, El auto se para. A nuestros pies el Nyong extiende sus aguas tan negras que hacen pensar en las de la Estigia. Una veintena de edificios de una blancura resplandeciente están diseminados sobre la parte llana. Los pacientes son alli visitados, cuidados, operados, en vista de las investigaciones sobre la enfermedad del sueño; aunque no tengan más que enfermo un pie o la dentadura, se les hace el análisis de la sangre para buscar tripanosomas.

Cada uno de los edificios contiene veinte lechos. Ayos puede hospitalizar de 500 a 600 enfermos.

La primera sala que visitamos tiene largos bancos, en los cuales están sentados hombres, mujeres y niños de rostros terrosos y tristes. Sus actitudes resignadas son identicas a las de todos los pacientes de hospital en el mundo entero,

Estrias verticales rayan sus frentes y sus melillas. No se les pueda impedir que se tatúen. El tatuaje les sirve para reconocerse entre ellos. En ciertas tribus se cree que los no tatuados no pueden, después de su muerte, entrar al pais de los Bekons (espiritus). Estan condenados a errar en un lugar donde sufren horriblemente por las picaduras de las niguas.

Antes, en Ayos, cada mañana se encontraban de treinta a cuarenta personas por término medio, infectadas de tripanosomas. Al presente no se descubren tantas en el espacio de un mes. Penetramos en la choza donde se atiende a los atacados por la enfermedad del sueño. Uno de ellos está de pie, con las manos atras de la cabeza. Sobre su pecho, en grandes caracteres traza-dos con pinceladas de cal, se indica la dosis de inyección que hay que hacerle.

- Qué medicamento emplean? - le pregunté al Dr. Jamot. -En 1905, el profesor portugués Ayres Kopke tavo la idea de utilizar por primera vez el Atoxil con bastante buen resultado. En 1920, del instituto Rockefeller nos enviaron la Triparsamida. Después el doctor Fourneau descubrió el medicamento que lleva su nombre. Los enfermos están extendidos al sol o a la sombra del alero de la choza. Los hay de todas las edades, Los que provocan más dolor son los niños. Uno de ellos puede tener diez años. Su madre acaba de traerlo, Cuando lo coloca sobre la camilla, parece un cadaver. Nos detenemos frente a un segundo grupo. Son los enfermos en el segundo período, aquel en que la infección ha ganado los centros nerviosos. Su piel es seca, color de tierra; sus cabellos están descoloridos. Casi todos son flacos, de una flacura espantosa de esqueleto,

En esta face de la enfermedad se observa, habitualmente, el sintoma característico: desde que el enfermo está inmovil, duerme. Sueno agotador, pesado, pero no pacifico. Sus miembros, su rostro, se descomponen y agitan a causa de los tics y sacudimientos nerviosos que los asaltan continuamente.

Con voz alta, Jamot interpela a uno de ellos: -Cómo te llamas?

El durmiente hace esfuerzos para levantar la cabeza, entreabre los parpados muestra los ojos extraviados; comienza a ar-

ticular su nombre; antes de haber concluido de pronunciarlo, su mentón cae sobre su pecho. Le pregunto a Jamot si podrá curar. Me contesta que puede considerárselo salvado.

De pronto escuchamos gritos y risas que hacen daño. Con gesticulaciones y saltos, una banda de negros viene hacia nosotros y efectua una danza odiosa y grotesca. Son los que se han vuelto locos a causa de la enfermedad. Uno de ellos, según me cuentan, hace algunos meses demolió la pared de su celda y con un ladrillo mato a su vecino.

Pasamos al laboratorio. Me muestran en el microscopio un tripanosoma. En medio de los glóbulos que una reacción ha coloreado en violeta, aumentando su tamaño centenares de veces, el tripanosoma que estoy mirando se parece a una serpiente. Su cabeza es aguda, su cola afilada. Se alarga para apoderarse de los glóbulos que se encuentran en su vecindad; los golpes vigorosos que da con la cola, remueven los glóbulos en distancias que el microscopio hace aparecer considerables. Poco a poco, sin embargo, su frenesi se calma, sua movimientos se tornan más lentos, hasta cesar por completo. El minúsculo productor de la terrible enfermedad del sueño, ha muerto.

Bibliografía

CANGURO. — Por D. H. de amor a la clase chrera en la pagina 284; franco repudio a la superioridad, besada en el dinero. ria Ocampo. - Ediciones "Sur" En la página 377 de su novelas "Canguro" Law-

rence està cerca de ob-

Da, sin embargo, algu-

todas Hasta el mismo sien-

acusa de charlatán y pecador

en la página 385, en la que, ade-

hasta del mismo amor, como sos-

del apasionado Cooley (Canguro),

con una especie de intensidad

diabólica. Por eso nos atraen sus

contradicciones, por eso las res-

petamos: involucran la tragedia

misma de la vida de Lawrence,

Tiene una esperanza que nos per-

mitimos considerar desmensura-

da. Pero como no es ningún ton-

to, se da perfecta cuenta de que

ella puede servir de base a las

más miserables interpretaciones,

incluso al nacimiento de una bru-

tal groseria cuya perspectiva lo

enloquece casi fisicamente, como

si un animal repugnante, de piel

fria, hubiera rozado sus nervios

al descubierto. Su "dios oscuro"

llamado otras veces, magnifica-mente, "ternura de la sangre",

censtituye su esperanza y su mie-

do. Cuando los aplica a lo sexual,

vacila de un modo tremendo:

teme, quizas con demasiada ra-

zon, que sean confundidos con la

licencia, manchados con la obs-

cenidad. Tan saludable reserva,

bien justificable desde el punto

de vista no solo mental, sino tam-

bien con atingencia a la triste

realidad que nos rodea, ha me-

recido una de las más estupidas

paradojas de Aldo Huxley, repro-

ducida con fruición por la senora

Victoria Ocampo: "Lawrence era un puritano" Aparte de esta

idea central de retornar a esa in-

definible ternura de la sangre,

niezcia sutilisima de una ansie-

dad per lo primitive, per una

vuelta a lo físico "verdadero"

(otro misterio) y de su logro a

fuerza de un superrefinamiento

de nuestras potencias animicas,

gran incidente que envuelve en

definitiva nada menos que el in-

trento de hallar la felicidad hu-

mana y la armonia de las rela-

ciones humanas y tal vez divinas,

pocos permenores incidentales encontramos en Canguro, Y ape-

nas alguna que otra declaración

sobre los problemas laterales:

edio a los militares y a los co-

merciantes en la pagina 312, al-

guna cosa sobre el amor, dema-siado parecida e la de Wilde en la "Balada de la carcel de Rea-

ding', en la página 281, un capí-

tulo simbolista, bastante aburrido

sobre el matrimonio, "Harriet y

Lovat en el mar", breve definición

de la novela en la pagina 404; un

brulote a los que se han apode-

en la página 430 El prólogo de la señora Victoria Ocampo, aparte de su curiosa clasificación de escritores, que comprende dos grupos, al de los tener la definición de su famoso "dios oscuro". "nos atraviesan con su agudo acero que sólo da en el blanco adonde apunta" y el de aquellos, indudablemente más renos tropezones con las palabras "viviente" e "inefable" hasta el punto de inutilizar la finados que los anteriores, ouyo pensamiento penetra "en espira-les como un ternillo", de todo lo segura pista que entrevelamos cual se deriva que los primeros para dilucidarlo de una vez por escriben libros que "nes maravillan, pero no nos fecundan", y los segundos libros que "nos llate un pequeño remordimiento mezciado a un conmovedor alarido de impotencia, cuando se nan tanto a veces, de nuestros propios, gritos, que los leemos al revés", no contiene muchos pasa-Jes divertidos. Porque, los erromas, manda al diablo su "dios res de pensamiento, la improvioscure". Es que Lawrence, mejor que nadie, sabia a lo que se es-taba exponiendo. Su exarcebada sación, la falta de una sólida sultura, no pueden serlo nunca, y sensibilidad, tan propia del hompor tanto, oualquiera que deses bre acosado que en definitiva es mantenerse en un terreno cortés con una dama, que no deja de serio por meterse en compilosun enfermo demasiado consciente de su enfermedad, le revelaba el peligro que entraña el recurrir a das y poco satisfactorias andanlas fuentes primarias de la vida, zas criticas, debe abstenerse da al instinto libertado en absoluto, leer el prélogo de la señera Ocampo. Esa desatención constituye la mayor atención que se tiene frente al lecho de muerte puede tener con ella. U. P. de M.

RADIOGRAFIA DE LA PAMPA. - Por Eseguiel Martines Estrada.

Algunos alemanes intensos (entre los que se hubiera destacado el inglés De Quincey, a ser con-temporaneo nuestro) han inventado un género literarios la in-terpretación patética de la historia y aun de la geografía. Os-valdo Spengler es el más dietinguido ejecutante de esa manera de historiar, que excluye los encantos novelescos de la biografía y la anécdota, pero también los evaneos graneológicos de Lombroso, las sórdidas razones almaceneras de la escuela económica y los intermitentes héroes, siempre indignados y morales. que prefiere Carlyle. Le circunstancial no interesa a los nuevos interpretes de la historia. tampeco les destinos individuales, en mutuo juego de actos de pasienes. Su tema no es la sucesión, es la eternidad de cada hombre o cada tipo de hombre: el peculiar estilo de Intuir la muerte, el tiempo, el yo, los demás, la zona en que se mueve y

mundo. Mucho de la manera patética de Spengler, de Keyserling y aun de Frank, hay en la obra de Martinez Estrada, pero siempre asiatido y agraciado de honesta observación. Como todo poeta inte-ligente, Ezequiel Martinez Estrada es un buen prosista - verdad cuya reciproca es falsa y que no atañe a los misteriosos poeinteligencia. Es escritor de esplérdidas amarguras, Diré más: de la amargura más ardiente y dificil, la que se lleva bien con la pasión y hasta con el cariño. Sus invectivas, a pura ennumeración de hechos reales, sin ademanes descompuestos ni interjecciones, son de una eficacia mortal. Recuerdo para siempre una pagina: la que declara la terrible inutilidad de todo escritor argantino y la fantasmidad de su glaria y la perfecta aniquifación que as su muerte.

rado de la fuerza y el poder, en Un admirable estudio, J. L. B. la página 375; rápida confesión

Lo Guarango y lo C AMPARO MOM ILUSTRACION DE GUIDA

plio en las maneras, en las costumbres, en las expresiones y hasmuy poco tiempo cualquier reta en la atmósfera de las personas. Porque lo cursi tiene su clima especial y muchas veces es tan sutil que apenas asoma, sin ninguna fuerza exterior, pero con tal fuerza interior, que se apodera del ambiente, del objeto y del individuo, con la terrible marca del detalle, Esta manifestación, que podría ser orgánica, puesto que muchas veces está en el timbre de la voz y en los rasgos fisionómicos, no serpeta categorias ni rangos y se exterioriza en todo lo que sea rebuscado, amanerado, artificioso, y es por esto que siempre lo cursi tiene en el fondo de su expresión, algo triste, porque le falta verdad, naturalidad. todavia no es cursi.

Muchas veces se confunde el mal gusto y lo guarango, con lo. cursi. El mal gusto es definido, categórico, como lo es también lo guarango, en su detonante explosion. Lo cursi, en cambio, tiene su tono callado, y es tan persistente ,y tan peligroso, que aparece en donde el refinam ento quiere hacer su dominio. Como sutileza de cursileria se podría contar el caso de una senora a quien le fué presentado un conocido poeta, que acababa de publicar un libro:

Muchas gracias, fulano, por su nuevo libro... — excla-mó la señora estrechándole la mano al poeta,

El poeta, que no la conocía ni de nombre, respondió bastante confundido:

-Señora, perdone, pero... yo no recuerdo habérselo enviado. -No, fulano - contesto ella - yo le doy las gracias por la emoción y la belleza que nos ha dado con su libro,

Como se ve, la forma rebuscada de este elogio, es la que lo hace tremendamente cursi. Y viene a resultar, como siempre, que lo refinado, como lo exquisito y lo puro, es lo que está de

vuelta de toda complicación. Entre todas las artes, es en la literatura en donde se cae con más facilidad en la cursilería, e indudablemente, es el tema amor el más peligroso. Está de más hablar de las célebres tertuñas cursis en las cuales la declamación de las niñas casaderas hizo tanto daño a la poesía. También existe en muchas personas una debilidad por las frases poéticas y es en los discursos, sobre todo en los discursos patrióticos, políticos y fúnebres, en donde abundan la imagen enfâtica, las llamadas "palabras dificiles" y las infaltables citas. Y es entonces cuando lo cursi se manifiesta como una flaqueza del indiduo.

Lo pasado de moda puede ser cursi y más cuando se trata de h moda en el vestir. Hasta hace desnudez, sin el ambiente di-

simulador de su terrible condición de cosa imitada, de cosa que quiere ser lo que no es.

usted todo el tiempo?

dismo. También sentía dolores de cabeza.

miniscencia del año 1900, era el perfecto simbolo de lo cursi y esto aumenta si recordamos que En cuanto a las casas y a los muebles, no es precisamente en aquella época se llegó a la lo ordinario, lo barato, lo que culminación de lo afectado, de lo amanerado y lo artificioso les da ambiente de cursileria, pero, "alguien' 'encontro que tesino sus pequeños o grandes denia gracia todo aquello lleno de talles pretensiosos. Esto no afirma que lo autentico tenga curvas, tanto en las siluetas de siempre sello de no cursi, pues las mujeres como en sus trajes, bien sabemos todos hasta que en sus sombreros, en las galeras punto de cursilería han llegado de los hombres, en los bigotes, ciertos estilos, Naturalmente en las reverencias, en los muebles, en fin, en ese estilo mezcla que a la vulgarización de algunos ha contribuido el abuso de de otros muchos estilos que dió como resultado el deplorable sus imitaciones. ¿No es cursi el futurismo? ¿No resultan ahera "Art Nouveau". Hoy, el 1900 tiene una ráfaga de moda, y por pretensiosamente cursis las adolo tanto, cualquier evocación, cenadas casas modernas en donde la afectación y el artificio de



Se podría afirmar que la cursileria emana directamente de la persona y que por lo miemo imprime su sello a todo. Sin em bargo existen espíritus cultivados y que, por desgracia, tienen su pequeña falla, su pequeño detalle cursi. Es cuando lo cursi se siente, pero no se ve. Es cuando los traiciona un perfume, un gesto, una mirada, una frase.

Tratandose de cosas inanimadas, muebles y objetos de adorno, decoración interior, etc., estas encuentran generalmente su triste final, en las casas de remate, cementerio de la cursileria, adonde van a parar, en donde se amontonan mostrándose sin ninguna piedad, en toda su

ambiente desmantelado hacen sentir ausencia de calor, de intimidad y de verdad? Los ambientes conseguidos con naturalidad, en donde cada mueble y cada objeto tienen su razon, su necesidad de estar, nunca impresionaran como cursis.

Antes de hablar de lo personal, es oportuno referirse al cumulo de cursilería que aportaron los nuevos ricos, joyas, muebles, cuadros, adornos, y, sobra todo, automóviles. Los nuevos en sus predilecciones, en su ricos, en el afan de demostrar lo que poseen, ponen en evidencia esa abrumadora cursilería de lo abundante. En los automóvi-

les particulares se pueden ver a cada paso detalles como el del muñequito colgando en el vidrio, lo detonante de su tapiceria. Viene al caso recordar a un señor que tenía un aparato de radio en su automóvil y que durante las noches de verano atormentaba con su gangosa música a las tranquilas personas que iban al espigon del Puerto Nuevo, a gozar del aire y del silen-

-: Cômo lo supo usted, doctor? - le pregunto. - ¡ Dormía

- Al contrario! No podia dormir. Me sentia fatigado, pero iba-

-LY el signo "de la llave" - dice otro de los jóvenes médi-

-En cuanto a eso, sí. Me acuerdo del dolor anormal que me

a mis ocupaciones. Tenía un poco de fiebre, que achacaba al palu-

causaban el menor choque, la simple presión de mi mano sobre una

La expresión tan conocida, el medio pelo, encierra un verdadero sentido de lo cursi. Esa calificación se les da a las personas de mentalidad inferior, que sin tener el valor de su origen pequeno-burgues quieren aparentar una situación social. Se ve fácilmente en ellas el esfuerzo diario por frecuentar lugares que generalmente ya estan pasados de moda. Leen las insulsas notas sociales de todos los diarios y revistas y en ellas aprenden de memoria los nombres que "figuran". Creen que Mar del Plata es "distinguido" y Mar del Plata es su sueño dorado, pero no por su mar y por sus playas, sino, por encontrarse en el aglomerado y vulgar desfile de su rambla. Esta aspiración a una apariencia no lograda hace que estas personas medio pelo créen alrededor de éllas un ambiente de cursileria.

Entrando a lo cursi personal, es necir, a lo que lleva de cursi en su aspecto y en su indumentaria una persona, son muchos los detalles que determinan esta manifestacion. Esta de cas referirse a la cursilería popular, que debe encerrar para todo espíritu sensible la emoción de lo ingenuo. Lo cursi es, pues importante y terrible cuando se trata de personas a ouienes por su condición y sitos ción se les exige cierta lin a Es clero, que hay per onas ya timen un físico errai, come es en ri la entonación de su vor Y est nesa muy a menudo en de cierto tipo de belless or por su mariz muy pequita su boca muy pequeña tambée, en voz y su gesto resulta afect do.

Una gran importancia tienen el cabello y el pemado de la mujer. La increible como el detalle de una onda, puede cambiar su expresión. Muchas veces vemos una mujer vestida con elegancia, pero hay algo en ella que evidentemente nos choca y es que su cabella está tefiido, ya sea de un megro tan profundo que parece azul o de un rubio tan amarillo que hiere la vista. Esto, como tantas otras cosas, aspira a una realidad, pero su resultado es artificioso. En el físico de las personas, como en su indumentaria, cultura, en el clima de que se rodea, siempre que se salga de lo natural, se caerá inevitablemente en lo cursi.

CRITICA REVISTA MULTICOLOR - Mayor circulación sudamericana - Muenos Aires, settembre 16 de 1923

Rebelión por Horacio Laurora Ilustraciones de Parpagnoli -Un amigo de Inés. Bailó con-STHER cargó a la cria-tura y en tró a su Ese día tenía que ir al consermigo aquella vez... cuando el vatorio. casamiento de Ana... Cuando salían a la catle, viró - Eso es todo?- le dijo su la cabeza hacia el lugar por don-Desde el zaguán le madre sonriendo, y tratando de pareció que todo había de había visto desaparecer, modisimular su evidente curiosidad. mentos antes, al hombre que le ax peri me nt a no un . -I'na amistad, nada may ... había hablado frente a la florees un muchacho muy inteligento. La enredadera del patio, flore-Le dieron ganas de desenmas--Ese hombre me persigue, no cía como nunca ante sus ojos. cararse, porque ese subterfugio le Entró a la sala y al ver el piano, dejó al chico sobre una silla y se sentó a tocar. Su cabeza, más que nunca, estaba erguida frente a las notas de la pieza de música, como si la levantara después de haberia tenido mucho tiempo agachada. Sus dedos habían perdido la modorra de todos los días y tecleaban saltando ágilmente sobre el teclado. Con su música tapó el ruido de la radio y de la casa. A veces echaba una ojeada sobre los objetos de la sala y le parecían distintos y nuevos, como si fueran los muebles de una casa recién instalada. El chico se había bajado de la silla e iba por el patio gateando. No le parecia su casa sino otra de la cual era huésped. Delante suyo, en vez de la piosa de música, parecia haber un cristal donde estaban las magnolias de la floreria y el rostro de un bombre mirándola. Era el hombre que momentos parecia algo indigno y estupido antes le había dirigido la palatendré fuerzas para abandonario. al mismo tiempo. bra por primera vez, al pasar ¿Quién, tu primo? pregun-Pero no lo hizo. junto a la floreria de la esquina. Su madre quizas no le hubie-El bombre le sonreia con una

Recién se dió cuenta de que

lo había dicho en voz alta. No vió más que personas desconocidas.

Su padre, que estaba en la puerta, les preguntó: - Van al centro?

sonrisa transparente, como si la

mirara a través del agua de un

De pronto las manos se le que-

daron inmóviles sobre el teclado

y su cabeza se deslizó hasta caer

abandonada sobre los brazos que

Una vibración aguda prorrum-

pió del piano, como si fuera un

penumbra tibia y algodonosa.

Uns melancolfa inesperada le

Como si hubiera enfermado re-

pentinamente, sus miembros ya-

cían en un abandono biando, im-

Desde adentro una música lle-

La tristeza de siempre la cu-

gaba a sus oldos difusamente.

bria como una substancia pegajosa que le impedia respirar con

fuerza y moverse libremente. El hombre de la vidriera esta-

ba lejos, tan lejos, que le era im-

Le parecia unposible que lle

Tenía miedo de ser defrauda-

Tenía miedo de que fuese, aquel

Podía ser igual a esos que se

acercan a las mujeres como asal-

tantes oportunistas y que no nier-

den la ocasión de abalanzarse so-

bre las que encuentran a su paso,

para dejarles un recuerdo empa-

lagoso y atiborrado de lujurio os

vidriera, la presencia de ese nue-

Por lo menos le quedaría para

siempre una imagen tersa, son-

riéndole desde el fondo de un

-Esther, ¿qué hacés? Estás

Se irguió repentinamente y con

los ojos adormilados miro hacia

la puerta, junto a la cual vio a

orden, como si se levantara de

alguna mascha funebre?

un fox trot de moda.

-Si, ¿qué tiene?

Los cabellos los tenía en des-

-d'Te durmió la música? d'Era

Se acerco al piano y leyo en

-Cuando se está cansada, has-

Diciendo esto se levanto, to-

Su andar era trabajoso y rit-

La reciente atmosfera de pesa-

dumbre y angustna, la seguia

envolviendo, como para obstacu-

-Si, mi primo- respondió in-

mico, como si la impulsara un

mando a Inés del brazo langui-

voz alta el nombre de la pieza,

- Estabas tocando eso?

- dY te has dormido?

ta las carcajadas dan sueño.

vo hombre en su vida?

océano florecido.

durmiendo

alguien.

dormir.

damente.

oleaje apacible.

Hearle la marcha.

conscientemente.

Era Inde.

Pensaba en el hombre.

gara a ser el amado, el único.

también, un romance fugat.

Pensaba en el hombre.

apoyó en el teclado.

os nervios.

movimientos.

posible percibirlo.

potente.

grito salido de su boca.

océano.

-¿Querés certificarme esta carta? Un detalle tan vulgar acabé

por entristecerla. Los cabellos cayéronle sobre El rótulo del sobre le era oulos ojos, sumergiéndola en una nocido: "César Almirez y Cía. Remates y Consignaciones" Durante todo el trayecto, en el fatigaba la voluntad, postrándole ómnibus, soslayaba de vez en

cuando ese rótulo, como si qui-Los párpados se le abrian y cesiera huir de él. rraban lentamente, como si lo Su padre estaba atado a ese deleran por si mismos, sin que nombre y ella también. Ella que ella interviniera para nada en sus quería ser libre y escoger su destino, un destino suyo, conforta-

ble, sincero. Pero allí estaba el apellido de su primo.

Y vena a él, su primo, como a uno de esos ridículos villanos de cine, que obligan a una mujer a casarse con ellos, por cualquier

medio tortuoso, ¿Cómo es posible que si no lo quiero, me case con él? Nadie obliga a casarse a nadie. Eso ocurre en los folletines o en las cintas detestables. "Soy libre.. Si mi felicidad dapende de mí, no dudo de que será

felix." Esto último lo pensó con tal energia, que le pareció haberlo dicho en voz alta.

Esther entró a su casa esa tarde, como si penetrara en un recinto enmohecido y abandonado. Habia dejado un momento an-

tes a Claudio en la esquina. Siempre que dejaba a Claudio y entraba a su casa, sentia más que nunca una absorbente sensación de soledad

Era un hastio identico al que se siente después de una mesta, cuando uno se está quitando la ropa y se acuesta a dormir pensando que al otro dia debe reanudar alguna árida labor. -¿ Quién era ese muchacho que venia con vos?

La pregunta de su madre la desconcerto, pero se sobrepuso rápidamente.

ra dicho nada.

preguntado

nadie.

el amor.

era falso.

vista y callaba.

dolo la vida.

hecho.

- ¿Lo querés?- le hubiera

Si, como nunca he querido a

-Y bueno, lo principal es eso,

Sin embargo ella sabía que eso

Si, su madre hubiese mentido.

Bien sabia Esther que ellos, los

Stesser, estaban recibiendo de los

Almirez, la familia de su primo,

una cuantiosa ayuda económica.

matrimonio de Esther con su pri-

mo, una perpetuación de la ayu-

Y la señora Stesser veia en el

Esther conocia esos puntos de

Esta cobardia la angustiaba co-

Su madre nunca le había ma-

nifestado esas ideas, pero para

ella era peor que si lo buoiese

¿Por qué su madre no le decia

de una vez: "Casate con tu pri-

mo, te conviene y nos conviene".

mo algo abrumador, entorpecier-

lo que hubiera querido. mediante tretas y sinuosidades

Le parecia que todos obracan

Cada uno escondía sus pensamientos a los ojos de los otros. Intercambiaban unicamente las ideas que convergian hacia una misma insustancialidad coti-

Estaba alli desde la última vez que la había ejecutado, un dia en que Claudio se la trajo y ella la estuvo aprendiendo toda la tarde. -No podria estar Claudio aho-

cuerdo recrudecia en cada vibra-

Sentia su aliento, el vigor de sus brazos flotando en la atmosfera de la pieza.

quemaba las mejillas con sus labios nerviosos y cálidos. La sangre de Claudio, burbu-

sica, le electrizaba los dedos al

des de las letras

británicas t u v o

por origenes la

santa hermandad

de los comien-

No. Eso no lo hubiera hecho la señora Stesser, porque a pesar de su desarrollado sentido econômico, le gustaba acicalar su personalidad con ciertos ornatos sentimentales. Uno de ellos era el de aparecer como persona emotiva a toda costa, en quien primaba el

rozar con ellos las teclas.

cristales de la floreria.

o de un cine.

de Claudio,

menta.

burete.

cabeza...

ser los libros.

Peter Pan, no ha podido volver con su espíritu...

Le dejo en aquella region de maravillas. Aqui en

la tierra vive un misticismo impenetrable. Ef si-

lencio de su vida, ya nadie lo podrá quebrar...

de Londres su soledad. No tiene casi amigos, huye

de las compañías y no habla nunca ni rie jamás.

tes". Allí, los asociados son un conglumerado de

mutismos. Nadie habla Jamás y todos se reunen

cotidianamente a leer, estudiar y mitar callados

el desfile de las horas. Un día, al returarse Ba-

rrie -que es un delato de abandono y una an-

dante ausencia de sí mismo- se llevaba, dis-

traido, un sombrero que no era el suyo. El dueño,

al observar el equivoco, se vio en el trance de

reconocido, le devolvió el sombrero, pero, irrita-

do que no podía continuar siendo socio de un

al buen señor que había dirigido la palabra a Ba-

si pudiera irse al soñado país de "Nunca-Jamás"

juntarse de nuevo con su espíritu. O si le fue-

ra dable hacerle retornar a la tierra para ence-

rrarlo en su persona y fulminar la misantropia

que le hace vivir en tan fria temperatura social.

Nos lo dice la vieja fábula del payaso y el médico:

cina es la alegría; procure reirse, reirse mucho;

distraigase; vaya al circo del pueblo y deleitese

-"¡Pero, doctor, si el payaso del circo soy

con las felices ocurrencias del payaso" ...

El de Barrie es un caso de tristeza sin cura.

"Para usted, buen hombre, la mejor medi-

rrie, e hizo que éste retirara su renuncia.

La directiva del club de los "mudes" expulso

Y alli, entre esos "mudos aburridos", pasa Ba-

Magnifica cosa sería Sir James Mateo Barrie

do, al día siguiente mandô su renuncia, expresan-

club donde se quebranta el silencio.

rrie sus mejores horas...

violar la consigna y le dirigió l palabra. Barrie

De vez en cuando saca a pasear por las calles

No hace mucho se asoció a un club de "silen-

En cada nota había una par-

ticula del hombre, un cabello, una

mirada, un frenesi distante, per

dido en la oscuridad del zaguan

De repente la música se diluía

en la atmosfera de una tarde de

verano donde ella y Claudio mira-

ban la vidriera de una confite-

ria. El cielo crepuscular enroje-

cia los nubarrones de una ter-

Después llovia y ellos iban en

ómnibus, desde donde veian co-

rrer el agua y disparar a la gente.

frio de una lluvia imprevista.

Ceso de tocar.

La música le produjo el escalo-

El amor de Claudio la entriste-

cia. Y la presencia de su madre

parecia dotar a ese amor de una

lejania inalcanzable, casi vedada

- Te sentis mal? le dijo su

-Tal vez ... le contesto de-

seosa de eludir el dialogo y como

espiritu sobre todo lo demas. Era de mal gusto eso de que una mujer reparase unicamente en el dinero.

Por lo menos tenía que aparecer como sentimental, tanto como mujer bonita, cuando se pin-

El suvo era un sentimentalismo de tocador, pintado, adherido a su piel como una crema cualquiera. No pasaba de la superficie.

¿Por que su madre no le hablaba de una vez con franqueza? Lo hubiera preferido, porque así hubiera tenido motivo para desenmascararse.

Pero eso no ocurría. Esther continuaba engañándoles, inerte, sin fuerza para decir

furtivas. En su casa, le parecía que todos constituian un mundo de vidas limítrofes, aisladas cada una

en su derrotero.

diana. - Por qué no tocás el piano? Hace mucho que no te oigo.

Como estaban en la sala, Esther no hizo mas que dar unos pasos y sentarse en el taburete Sobre el piano había una pieza de música, colocada como para empezar una andición.

ra a mi lado?— pensaba, Enpezó a teclear, pero el reción, como si fuera el alma de Claudio quien articulara las notas. Los ojos de Claudio estaban alli, diluidos en los pentagramas con la misma expresion de aquel

El hombre lejano y ardiente le

si la fatigara al hablar en voz jeaba en las cadencias de la múnita. En ese momento llegaban vi-

sitas y aprovechó la oporturidad

Ahora la música reflejaba los para escurrirse a su alcoba. No tenía ganas de hablar con Las teclas vibraban, como si nadie. sus dedos tamborilearan sobre un "¡Ah, si tuviera el coraje de cristal donde flotaba la imagen

hacer lo que digo algunas vecesi "Me tengo miedo a mí misma. Mi carne me traiciona. No soy la que vo pienso ... Me parece estar sola luchando contra todos... Y Claudio está muy lejos para avudarme... Claudio se mueve dentro de la órbita de un mundo

distinto". "A veces me dan ganas de decirle: Claudio, llevame en seguida... a consquer parte, para siempre'... Pero no puedo"

"Por que no puedo obrar de acuerdo a lo que pienso?"

Cómo envidiaba a esas heroinas cinematográficas que llevan su audacia, a veces, harta el ca infso, por no perder an liberte l'espiritual o por ayudar a n- 1. onbre perseguido y maltration por

madre, al verla abandonar el ta-In sociedad. Hubiera querido que -No..., me duele un poco la invectase esa energio ba y no podia sacor de a coma Deberias leer menos. Han de

Mas tarde, cuando sendara ese pensamiento, le pareceria absurdo, imposible. Lentamente, emperio a adorme-

cerse, como quien code a un cansancio abrumador e includible. La lux del patro emblanqueera las cortinas como si fuera de ce-

El ambiento moral cue codenba a Esther en in en a cen medieyal aspects the bee fox trots los restidue a moda, his seconores

Las ideas que alli imperaban eran vetustas, como paredes agrietadas que apenas dejan filtrar la humedad de las flores

Esther eludía, en parte, esa sofocante pesadumbre colonial, merced a un contacto diáfano y siem-

nuevas.

pre renovado: los libros. Alli se recluia para inmunicarse contra el letargo que la acu-

chaba, en cualquier rincon de la Había tenido poco contacto con los hombres, paga quienes tenía

una apariencia, arisca. Con los únicos que había intimado era con su primo y ultima-

mente con Claudio. El primero utilizaba su privi-

legio de allegado, para poder casarse sin necesidad de buscar mujer en otra parte. Carecia de espíritu, obraba, ex-

clusivamente, mediante reacciones fisicas.

Le era indistinto, por lo canto, cualquier mujer que reu usa condiciones plásticas si no deslumbrantes, por lo menos discretas.

Aunque había visto a Esther con Claudio varias veces, parecía no inquietarse. No conocía otro lirismo que el que emana de una fusion carnal intermitente. Claudio era más feo. Eso le hacía adoptar cierto aire

de pueril superioridad, con respecto al otro. -Sos una mujer rara- le decía a Esther muchas veces.

Y era porque no podia com-

prender su fervor emocional ni su hambre de expansión afectiva. Ese día, cuando quedaron solos, en la sala, le dijo:

-Tenés que divertirte... Cada día estás más callada. -¿Y a qué le llamás vos diver-

tirse?- le contestó con desgano. -Y, a bailar, comer bombones, ir al cine con tu novio, besar ... Al decir esto pretendió hacerlo, pero Esther sintió tal repulsión, que, como si su cabeza obrara bajo la repentina acción de un tio nervioso, la retiró violenta-

animal venenoso. -d Eso es todo? Bailes, bombones, besos?- le dijo, agregando despectivamente: -¡Qué monótono es todo éso!

mente, igual que si eludiese a un

Estar al lado de un hombre que no sabe más que repetir lo que oye en el cine o hablar lo que otros dicen... -Y, ¿qué querés que te diga?

-Lo que siente, por lo me-nos... ¿Como es posible que todos sientan lo mismo?... Porque todos hablan una cosa aprendida de memoria. Siempre las mismas palabras, las mismas intenciones. Se arrepintió de haberlo dicho. Se arrepintió por Claudio... Pero es que estaba tan acostumbra-

da a pensar así... Sonriendo, como si no hubiera pensado todo lo que acababa de decir, se sentó frente al piano y empezó a teclear despaciosamente un vals que hastan entonces no había ejecutado, como si fuera deletreando las palabras de un dioma desconocido. Percibia en si misma un coraje inaudito y

desacostumbrado. Sos una mujer rara, Esther, quién te comprende?

POR El valor de das personalidaun melancólico incurable. El hombre que creó a

A vida de James Mateo Barrie, el hom-bre que en la pedana de la ficción inglesa hoy comparte con Rudyard Kipling la admiración de los 40 millones de compatriotas, se inicia como el primer capítulo de una novela folletinesca continua como el segundo acto de los dramas. En 1860, respira la vida por la ventana de una modesta casona de Nottingham y años más tarde espía el mundo desde las columnas de un

agónico periodicucho de su ciudad natal. Gana una bicoca y hace de todo. Pasea pueblos y se codea con personajes des-No hubiera sido mejor intede la sección telegramas. Maneja las finanzas rrumpir alli, en la escena de la mundiales en la columna respectiva. Toca grandes justas deportivas y hechos policiales, y, con su pluma, hasta da consejos sobre lo que debe

mostrar y ocultar la mujer, en la página de modas. Es uno de esos inconfundibles "redactor unico" de nuestros periódicos de tierra adentro. El mismo se ha trazado una silueta de aquel entonces: "un mozo timido, zafio, desmañado, poco jovial, muy dado a los libros y poco a las companias, al cual se podia ver a menudo deambulando a la luz de la luna en las inmediaciones del Castillo, con sus pensamientos trescientas nullas rumbo Norte, pero tambien con la determinación de no desperdiciar una oportunidad que lo llevara un dia hacia el Sur. El Sur!... Lon-

jaba la inquietud de su espíritu-Con la esperanza de encontrar algo para él, se leia ansioso todos los avisos de los grandes rotativos londinenses. Un qua, supo de una plaza que no le venía del todo mal. En un periódico de finanzas de Londres hacia falta un redactor. "Habra que escribir de cotizaciones, de la suba y la baja de la libra, de las oscilaciones de lose mercados -se dijo-. Esto podré hacerlo muy bien." Lió sus petates y se marchó a la pegajosa capital.

dres! Esa era su obsesión; idea pertinaz que pu-

Cuando se presento, el puesto ya había sido llenado. Sin duda era su destino que sus relaciones con el dinero no fuesen únicamente teóricas. Pero aprovechó de esa breve estancia en Londres, relacionándose con un magazín literario. Y de vuelta a su puesto de "redactor único" en el periodismo de Nottingham, envió unas colaboraciones que le fueron aceptadas. Esto era para el buen James Barrie su mas manoseado triunfo. No pudo mas, y le escribio al director de la revista literaria, expresandole sus deseos de irse definitivamente a la gran metropoli. "Con solo una libra por semana, estoy contorme", le decia-Espero impaciente la ansiada respuesta. Ya

tenía listas sus maletas cuando llego la carta. "Por favor, no venga usted -ie escribia el director- aqui se morirá de hambre..." Pero Barrie, todo optimismo e inexperiencia, todo veinte años, no le creyé,

Delo de ser el "redactor unico" del periodicucho de Nottingham, para pasear por entre la fría y compacta niebla de las calles londinenses el rollo de sus ilusiones. Vagabundeaba soto. Desamparado. Sin ese primer amigo -también en derrota- que se nos cruza para desahogo de intimas cuitas. Sentia que el frío le roia los huesos. Las paredes de su estómago batian un ardentoso vacio, ¡Pero sonaba!...

Días terribles los suyos, pero que no cambiaba por los de Nottingham. A esa edad, un sentimiento hace temer más que a la tempestad, a la calma misma ...

-1 Fué acaso en esos días de bohemia que su imaginación tuvo el extraño poder de remontarle a "Nunca-Jamás", ese país de ensueño del cual regreso con su hijo y amigo Peter Pan?... No es solamente posible sino probable. James Barrie miraba la vida de abajo y quiso treparla de un

Peter Pan, es el sueño de un niño, se ha dicho. Uno de esos sueños infantiles que le llevó al deeite de vivir en esa región encantada -país de maravillas donde hay "una ciudad no construída por la mano del hombre", poblada por hadas de nombres legendarios- matando gigantes, bandi dos y dragones con sus sables de hojalata y pistolas de plamo, y que, quizas, tuvo Barrie, en una de esas noches, mientras dormia en el umbral de una puerta cualquiera o en el banco de una plaza ...

Peter Pan no radica en la composición ni estri-

SOLARI AMONDARAIN ba tampoco,en la 1 L U S T R A C I O N D E

concepción; está sólo y esencialmente en su espíritu; hay que creer en Peter Pan -se ha afirmado- porque Barrie cree... Sueno intenso, profundo el suyo, las descripcines de sus páginas, más que fantasias parecen jirones de realidades vividas.

Se cuenta de James Mateo Barrie, que en esos tiempos de infortunio conoció a un joven, modesto periodista, que le ayudaba en cuanto



interesados.

vivir en Londres.

disputa de lectores portando bajo el brazo —a su yez- "Alicia siente la cabeza", "Peter Pan", "Mary-Luz", etc., y "El admirable Crichton", que le valió el título de baronet como reconocimiento de Jorge V James Mateo Barrie ahora es Sir James Ma-

zos, a través de la misma se comprende toda la

sencilla grandeza que encierran los afectos des-

nes, James Mateo Barrie se considera un vence-

dor. Puede ver cumplido su anhelo: bien o mal,

Abriéndose brecha a codazos en las redaccio-

teo Barrie. El taciturno Sir, Porque el hombre que ha hecho reir a millones y millones de seres. es un místico. El que nos ha tirado a manos llemoneditas de ilusión, es un asceta. El que ha sabido tocar todos los registros de la alegría, es



El buen amigo de Barrie, el anonimo repo gabán (para el que puede reclas arse la vitris un museo) no era otro que Herbert Goorg Well , quien al correr del tienen habria de llega ser el festejado autor de "La Guerra de l

Si la amistad que hoy une a estas dos celebra



estaba a su reducido alcance. El mayor de favores consistia en facilitarle un irreprocha de gabán que poseía. Emponchado en la ajena pren da de ve tir. Barrie se introducía - pasand inadvertido entre esa feria de elegancia y osten tación- al "writing room" de los grandes hatela de Londres, donde encontraba a su disposición pa pel suficiente para volcar los primeros frutos d su inspiración... Confirman la veracidad de est anecdota, los originales de su humbrada "Lo no jor muerte", que está escrita en pliegos que Il van estampados membretes de conocidos hotele ter confundido en el mon on, que le prestaba e

CRITICA REVISTA MULTICOLOR - Mayor circulación sudamericana - Buenos Aires, settembre 16 de 1933





veo en el marco de la puerta seis o siete hombres. que serían la barra del Corralero. El más viejo, un hombre apaisanado, curtido, de bigote entrecano, se adelantó para quedarse como encandilado por tanto hembraje y tanta luz, y se descubrio con respeto. Los otros vigilaban, listos para dentrar a tallar si el juego no era limpio.

MI tan luego, hablarme del finado Francisco Real. Yo lo conocí, cuándo

no, y eso que éstos no eran sus

barrios porque él sabía tallar más bien por el Norte, por esos laos

de la laguna de Guadalupe y la Ba-

teria. Arriba de tres veces no lo traté, y esas,

en una misma noche, pero es noche que no se me

olvidara, como que en ella vino la Lujanera por-

que si, a dermir en mi rancho y Rosendo Juá-

rez dejó, para no volver, el Arroyo. A ustedes,

claro que les falta la debida esperiencia para re-

conocer ese nombre, pero Rosendo Juarez el Pegador, era de los que pisaban más juerte por Vi-la Santa Rita. Mozo acreditao pal cuchillo y

era uno de los hombres de D. Nicolás Paredes,

que era uno de los hombres de Morel. Sabía lle-

gar de lo más paquete a los atrios en un oscuro,

con las prendas de plata; los hombres y los pe-

rros lo respetaban y las chinas también; nadie

un chambergo alto de ala finita sobre la mele-

na grasienta; la suerte lo mimaba, como quien

dice. Los mozos de la Villa le copiábamos hasta

el modo de escupir. Sin embargo, una noche nos ilustró la verdadera condición de Rosendo.

rarisima empezo por un placero insolente de rue-

das coloradas, lleno hasta el tope de hombres,

que iba a los barquinazos por esos callejones de

barro duro, entre los hornos de ladrillos y los

huecos, y dos de negro, déle guitarriar y aturdir,

y el del pescante que les tiraba un fustazo a los

perros sueltos que se le atravesaban al moro, y

un emponchado iba silencioso en el medio, y ese

era el Corralero de tantas mentas, y el hombre iba a peliar y a matar. La noche era una bendición de tan fresca; dos de ellos iban sobre la ca-

pota volcada, como si la soledá juera un corso. Ese jué el primer sucedido de tantos que hubo,

pero recién después lo supimos. Los muchachos

estábamos dende temprano en el "salón" de Julia, que era un galpón de chapas de cin, entre el

camino de Gaona y el Maldonado. Era un local que usté lo divisaba de lejos, por la luz que man-

daba a la redonda el sinvergüenza del farol, y por

el barullo también. La Julia, aunque de humilde color, era de lo más conciente y formal, así que

no faltaban musicantes, güen beberaje y compa-neras resistentes pal baile. Pero la Lujanera, que

era la mujer de Rosendo, las sobraba lejos a to-

das. Se murió, señor, y digo que hay años en que ni pienso en ella, pero había que verla en sus dias, con esos ojos. Verla, no daba sueño.

La caña, la milonga, el hembraje, una condes-

cendiente mala palabra de boca de Rosendo, una

palmada suya en el montón que yo trataba de

sentir como una amistá: la cosa es que yo estaba

le más feliz. Me tocó una companera muy seguidora, que iba como adivinándome la intención.

El tango hacía su voluntá con nosotros y nos

arriaba y nos perdía y nos ordenaba y nos volvía a encontrar. En esa diversión estaban los hom-

bres, lo mismo que en un sueno, cuando de golpe me pareció crecida la música, y era que ya se

entreveraba con ella la de los guitarreros del co-

che, cada vez más cercano. Después, la brisa que la trajo, tiró por otro rumbo, y volvi a atender

a mi cuerpo y al de la companera y a las con-

versiones del baile. Al rato largo llamaron a la

puerta con autorida, un golpe y una voz. En se-

guida un silencio general, una pechada poderosa a la puerta y el hombre estaba adentro. El hom-

Para nosotres no era todavia Francisco Real,

pero si un tipo alto, fornido, trajeado entera-

mente de negro, y una chalina de un color como

bayo, echada sobre el hombro. La cara recuerdo

Me golpeó la hoja de la puerta al abrirse. De

puro atolondrado me le jui encima y le encajé la

zurda en la facha, mientras con la derecha saca-

ba el cuchillito filoso que cargaba en la sisa del chaleco, junto al sobaco izquierdo. Poco iba a

durarme la atropellada, El hombre, para afir-

marse, estiró los brazos y me hizo a un lado, co-

mo despidiéndose de un estorbo. Me dejó aga-

chado detrás, todavía con la mano abajo del sa-

co, sobre el arma inservible. Siguió como si tal

cosa, adelante. Siguió, siempre más alto que

cualquiera de los que iba desapartando, siempre

como sin ver. Los primeros - puro italianaje

mirón — se abrieron como abanico, apurados,

La cosa no duré. En el montón siguiente ya es-

taba el Inglés esperándolo, y antes de sentir en

el hombro la mano del forastero, se le durmió

con un planazo que tenía listo. Jué ver ese planazo y jué venirsele ya todos al humo. El estable-

cimiento tenía más de muchas varas de fondo, y

lo arriaron como un cristo, casi de punta a punta, a pechadas, a silbidos y a salivazos. Primero

le tiraron trompadas, después, al ver que ni se ataieba los golpes, puras cachetadas a mano

abierta o con el fleco inofensivo de las chalinas, como riéndose de él. También, como reservándolo

pa Rosendo, que no se había movido para eso de

a paré del fondo, en la que hacía espaldas, callado. Pitaba con apuro su cigarrillo, como si va

entendiera lo que vimos claro después. El Co-

tralero fué empujado hasta él, firme y ensangren-

tado, con ese viento de chamuchina pifiadora de-

trás. Silbado, chicoteado, escupido, recién habló

cuando se enfrentó con Rosendo. Entonces lo

miró y se despejó la cara con el antebrazo y dijo

-Yo soy Francisco Real, un hombre del Nor-

te. Yo soy Francisco Real, que le dicen el Corra-

lero. Yo les he consentido a tos infelices que

me alzaran la mano, porque lo que esfoy buscando es un hombre. Andan por ahí unos hola-

ceros diciendo que en estos andurmates hay uno que tiene mentas de cuchillero y de malo, y que

le dicen el Pegador. Quiero encontrarlo pa que

estas cosas.

bre era parecido a la voz.

que era aindiada, esquinada.

l'arece cuento, pero la historia de esa noche

inoraba que estaba debiendo dos muertes; usaba

¿Qué le pasaba, mientras tanto a Rosendo, que no lo sacaba pisotiando a ese balaquero? Seguia callado, sin alzarle los ojos. El cigarro no se si lo escupió o si se le cayo de la cara. Al fin pudo acertar con unas palabras, pero tan despacio que a los de la otra punta del "salon" no nos alcanzó lo que dijo. Volvió Francisco Real a desafiarlo y el a negarse, Entonces, el más muchacho de los forasteros silbo. La Lujanera lo miró aborreciéndolo y se abrió paso con la crencha en la espalda, entre el carreraje y las chinas, y se jué a su hombre y le metió la mano en el pecho y le sacó el cuchillo desenvainado y se lo dio con estas palabras:

-Rosendo, creo que lo estarás precisando, A la altura del techo había una especie de ventana alargada que miraba al arroyo. Con las dos manos, recibió Rosendo al cuchillo y lo filio como si no lo reconociera. Se empino de golpe hacia atrás y voló el cuchillo derecho y fué a perderse ajuera, en el Maldonado. Yo senti como un frio. -De asco no te carneo - dijo el otro, y alzò para castigarlo, la mano. Entonces la Lujanera

miró con esos olos y le dijo con ira: - Dejalo a ése, que nos hizo creer que era un hombre,

se le prendió y le echó los brazos al cuello y lo

Francisco Real se quedó perplejo un espacio y luego la abrazó como para siempre y les gritó a los musicantes que le nietieran tango y milenga, y a los demás de la diversión, que bailaramos. La nga corrió como un incendio de punta a punta. Real bailaba muy grave, pero sin ninguna luz, ya pudiéndola. Llegaron a la puerta y grito: -¡Vayan abriendo cancha, señores, que la lle-

Dijo, y salieron sien con sien, como en la marejada del tango, como si los perdiera el tango. Debi ponerme colorao de verguenza. Di unas gücltitas con alguna mujer y la planté de golpe. Inventé que era por el calor y por la apretura y jui orillando la paré hasta salir. Linda la noche, ¿para quien? A la vuelta del callejón estaba el placero, con el par de guitarras derechas en el asiento, como cristianos. Dentré a amargarme de que las descuidaran así, como si ni pa recoger changangos sirviéramos. Me dió coraje de sentir que no éramos naides. Un manotón a mi clavel de atrás de la oreja y lo tiré a un charquito y me quede un espacio mirandolo, como para no pensar en más nada. Yo hubiera querido estar de una vez en el día siguiente, yo me quería salir de esa noche. En eso, me pegaron un codazo que jué casi un alivio. Era Rosendo, que se escurria solo del barrio.

-Vos siempre has de servir de estorbo - me rezongó al pasar, no sé si para desahogarse, o ajeno. Agarro el lado más oscuro, el del Maldonado; no lo volvi a ver más.

Me quedé mirando esas cosas de toda la vida - cielo hasta decir basta, el arroyo que se emperraba solo abi abajo, un caballo dormido, el callejón de tierra, los hornos - y pense que yo era apenas otro yuyo de esas orillas, criado entre las flores de sapo y las osamentas. ¿Qué iba a salir de esa basura sino nosotros, gritones pero blandos para el castigo, boca y atropellada no más? Sentí después que no, que el barrio cuanto más aporriao, más obligación de ser guapo. ¿ Rasura? La milonga dele loquiar, y dele bochinchar en las casas, y trafa olor a madreselvas el viento. Linda al nudo la noche. Había de estrellas como para marcarse mirandolas, unas encima de otras. Yo forcejiaba por sentir que a mi no me representaba nada el asunto, pero la cobardía de Rosendo y el ceraje insufrible del forastero no me querían dejar. Hasta de una mujer para esa noche se había podido aviar el hombre alto. Para esa y para muchas, pensé, y tal vez para todas, porque la Lujanera era cosa seria. Sabe Dios que lado agarraron. Muy lejos no podian estar.

Cuando alcancé a volver, seguia como si tal cosa, el bailongo.

Haciendome el chiquito, me entreveré con el montón, y vi que alguno de los nuestros había rajado y que los norteros tanguesban junto con los demás. Codazos y encontrones no había, pero sí recelo y decencia. La música parecía dormilona, las mujeres que tangueaban con los del Norte, no decian esta boca es mía, Yo esperaba algo, pero no lo que sucedió.

Ajuera oimos una mujer que lloraba y después la voz que ya conociamos, pero serena, casi demasiado serena, como si ya no juera de alguien. -Entrá, m'hija - y luego otro llanto. Luego

la voz como si empezara a desesperarse. - Abri te digo, abri guacha arrastrada abri. perra! - Se abrió en eso la puerta tembleque, y entro la Lujanera, sola. Entro mandada, como si viniera arreandola alguno.

-La está mandando un ánima - dilo el In-

-Un muerto, amigo - dijo entonces el Corralero. El rostro era como de borracho. Entró, y en la cancha que le abrimos todos, como antes, dió unos pasos mareados - alto, sin wer - y se fué al suelo de una vez, como poste. Uno de los que vinieron con él, lo acostó de espaldas y le acomodó el ponchito de almohada. Esos ausilios le ensuciaron de sangre. Vimes entonces que traiba una herida juerte en el pecho; la sangre le encharcaba y ennegrecia un len ue punzo que antes no le observé, porque lo tapó la chalina Para la primer cura, una de las mujeres trujo caña y unos trapos quemados. El hombre no estaba nara esplicar, La Lujanera lo miraba como perd da, con los brazos colgando. Todos estaban preguntándole con la cara, y ella consiguió hablar al fin. Dijo que luego de selir con el Corralero, se lueron a pasear a un campito, y que en dso cae un descrrocido y lo llama como desespe-Dijo esas cosas y no le quitó los ojos de enci- rado a pelear y le infiere esa punalada y oue ella

jura que no sabe quien es y que no es Rosendo. ¿Quién le iba a creer? El hombre a nuestros pies se moria. Yo pense que no le había temblado el pulso al que lo arreglo. El hombre, sin embargo, era duro. Cuando golpeo, la Julia había estao cebando unos

mates y el mate dió la vuelta redonda y volvió a mi mano, antes que falleciera. Tápenme la cara", dijo despacio, cuando no pudo más. Solo le quedaba el orgullo y no quería que le curiosiáramos todos las morisquetas de su muerte. Alguien le puso encima el chambergo negro, que era de copa altísima. Se murió abajo del chambergo, sin queja. Cuando el pecho acostado dejó de subir y bajar, se animaron a descubrirlo. Tenía ese aire fatigado de los dijuntos; era de los hombres de más ceraje que hubo en aquel entonces, dende la Bateria hasta el Sur; en cuanto lo supe muerto y sin habla, le perdí el odio.

-Para morir no se necesita más que estar vivo - dilo una del monton, y otra, pensativa tam-

-Tanta soberbia el hombre, y no sirve más que pa juntar moscas. Entonces los norteros jueron diciendese una cosa despacio y dos a un tiempo la repitieron

-Lo mato la mujer. Uno le grito en la cara si era ella, y todos la cercaron. Ya me olvide que tenía que prudenciar

y me les atravesé como luz. De atolondrado, casi pelo el fiyingo. Senti que muchos me miraban, para no decir todos. Dije como con sorna: -Fijense en las manos de esa mujer, ¿Qué pulao ni qué corazón va a tener para clavar una

Anadi, medio desganado de guapo:

juerte después:

-¿Quién iba a sonar que el finado, que asegun dicen, era malo en su barrio, juera a concluir de una manera tan bruta y en un lugar tan enteramente muerto como éste, ande no pasa nada, cuando no cae alguno de ajuera para dis-

trairnos y queda para la escupida después?

El cuero no le pidió biaba a ninguno. En eso iba creciendo en la soledá un ruido de jinetes. Era la policía. Quien más, quien menos, todos tendrían su razón para no buscar ese trato, porque determinaron que le mejor era traspasar el muerto al arroyo. Recordarán ustedes aquella ventana alargada por la que pasó en un brillo el puñal. Por ahí pasó después el hombre de negro. Lo levantaron entre muchos y de cuanto centavo y cuanta zoncera tenía, lo alijeraron esas manos y alguno le haché un dedo po ra refalarle el anillo. Aprovechadores, señor, que así se le animahan a un pobre dijunto indefenso después que lo arregló otro más hombre. Un envión y el agua correntosa y sufrida se lo llevó. Para que no sobrenadara, no sé si le arrancaron las visceras, porque preferi no mirar. El de bigote gris no me quitaba los ojos. La Lulanera aprovechó el apuro para salir.

Cuando echaron su vistazo los de la ley, el baile estaba medio animado. El clego del violin le sabía sacar unas habaneras de las que ya no se oyen. Ajuera estaba queriendo clariar. Unos postes de nandubay sobre una lomada estaban como sueltos, porque los alambrados finitos no se dejahan divisar tan temprano.

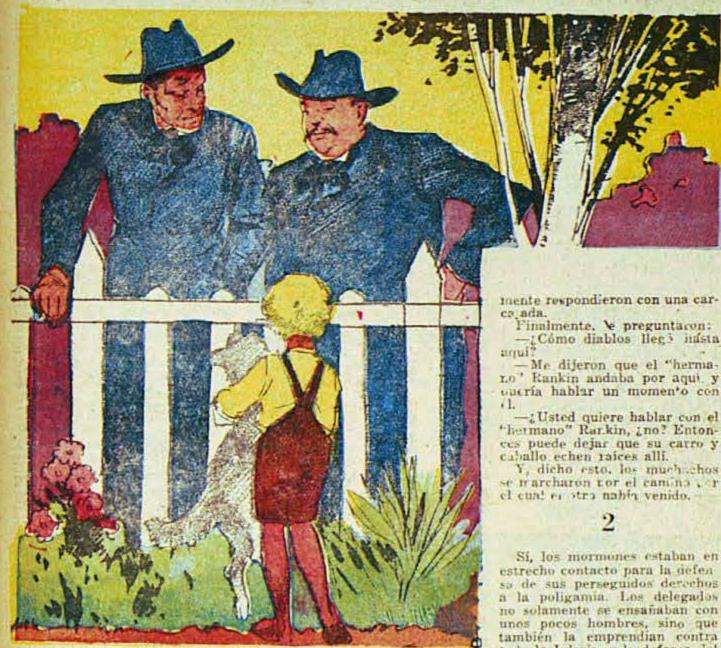
Yo me fui tranquilo a mi rancho, que estaba a unas tres cuadras. Ardía en la ventana una lucesita, que se apago en seguida. De juro que me apure a llegar, cuando me di cuenta. Entonces, Bustos, volví a sacar el cuchillo corto y filoso que yo sabía cargar aquí, en el chaleco, junto al sobaco izquierde, y le pegué otra revisada despacio, y estaba como nuevo, inocente, y no quedaba ni un rastrito de sangre.





me enseñe a mí, oue soy naides lo que es un hombre de coraje v de vista.

Una Infancia Entre los Mormones



IS primeros recuerdos de la poligamia se remontan a un dia lleno de sol, en que yo llegué desde el fondo del jardin y me encontre en la puerta de la cabana de mimadre frente a dos hombres extraños. Yo apenas media centimetros y esos dos extraños me parecian gigantes de libros de

-¿Donde está tu padre, muchacho? - quiso saber uno de

-Yo he estado afuera plantando radicha - fue todo lo que pudieron saber por mí.

Luego, supe que ellos, al alejarse, previnieron a mi padre contra ciertas cosas. Esos caballeros eran delegados del gobierno de los Estados Unidos y estaban ciegamente empeñados en la persecución de una media en nuestra pequeña villa, Cuando se fueron, mi padre se llegó hasta la cocina, y en exultante conversación con mi madre quedé envanecido al oírles decir que mi respuesta a esos delegades había side "inspirada".

Esto a una edad realmente tierna quedó condicionado en mi mente con la idea de que la poligamin es una institución divina. Sin duda, el Señor estaba de lado de esos hombres santos que tenían pluralidad de esposas. Y sin duda, esos delegados eran los curiosos emisarios de un mundo de pecadores confabulados contra los santos. Este incidente confirmó mi ya firme convicción de que pertenecía nl pueblo elegido y me impresionó, niño como era, hasta convencerme de que no debia dar cuartel al enemigo.

Pasaria bastante tiempo hasta que mi padre se encontrara en "el subterráneo". El subterráneo, en mi imaginación infantil, era algún lugar de caverna donde esos inocentes fugitivos, los poligamos, se ocultaban santamente escapando a las perdidas manos de sus perseguidores. He sabido después que, en esas ocasiones, mi padre se ocultaba en la casa de algún vecino de su amistad u observaba las cosas desde el domicilio de su segunda esposa, que habitaba en otro villorrio.

En la extraña localidad donde pasé mi infancia, vivían cuarenta y dos raras familias, o mejor dicho, cabezas de fami-lias, seis de los cuales eran poligamos. Cada uno de estos hombres tenía así el problema de despistar a los delegados. Supongo que su estrategia, al objeto, era la misma. Consistia en perderse de vista cada vez que se veian caras desconocidas en la población.

En una ocasión, el "hermano" Nielsen, por ejemplo, trataba de hacer funcionar sus instalaciones de riego, cuando incaperadamente, su vigilante tercera esposa hizo la señal convenida con un trozo de franela roja, indicando que se acerca-

ban los delegados de la moral. No tuvo tiempo de regresar al corral y se oculto entre las parvas. Los dos extraños indivi duos llegaron hasta las puertas de la casa y se encaminaron hacta et campo. Las aguas que irrigabah la tierra, eran una muestra bien clara de que alguien habin abierto las compuertas y que debía hallarse por

alli atendiendo ese trabajo. Ellos no lo habían visto todavía, pero no habia lugar alguno para ocultarse. Desde las parvas Nielsen se dirigió en seguida al canal principal donde se sumergió por completo dejando sobresalir solamente las aletas de la nariz. Los delegados deambularon por alli... pero no dieron

ta que llego el momento en que milias de donde se encontraba, en pocos momentos podría acadesde los límites de la granja. Así, se desfiguró con ropas y un sombrero de otra de sus mujeres. Sabia que los delegados andaban por las cercanias de la población y no quería correr

do al lado de su esposa que conducia el vehiculo, parecia lo debidamente inocente, pero apenas hubieron hecho una parte del trayecto, cuando se toparon con un hombre descenocido que guiaba un carro. El hizo de tener a las "mujeres", sonrió complacido ante ellas y les preguntó si no tenía idea donde podía ver al "hermano" Rankin. La señora de Rankin, tuvo una idea súbita. Señalando hacia el Este, dijo:

que es uno de esos dos hombres que están por allí, en el trigal. El extraño se mostro muy cordial, casi efusivo, en su agradecimiento. Llegó hasta las tranqueras del campo en que se hallaban los hombres senalados, y encamino su vehículo hacia ellos. Pero apenas se hubo internado en el lugar, empezo a hundirse su vehículo en la tiarra anegadiza. Intentó guiar a su caballo, dando un rodeo, pero apenas lo hizo, llegaron a sus narices unes olores insoportables, para ver en seguida que su carro se hundia casi hasta la mitad, en el fango. Persistio en seguir y el lodo le llego a la cintura. Con grandes esfuertos logro desandar el camino, pero no podía sacar del pantano, sin ayuda de alguien, el carro y el caballo.

No estando can apurado, pasco por alli hasta llegar pi extremo de ese campo de empantanamiento. Cuando se acerco a los "hombres" que buscaba, se encontró que éstos eran niños de no más de diez años de edad. -¿Quisiera saber, muchachos, si ustedes me ayudarian a sacar el carro y el caballo del maldito pantano en que los he metido?

dijo a los niños. Su persona, dado el estado en que se hallaba, susciteba compasión, pero ambes minos eran de familias a ormones, y sola-

con él, en aquella ocasión. El "hermano" Rankin era otro de los hombres buscados. Le of referir su relato como un ejemplo más de fuga providencial. El se había estado ocultando durante todo el tiempo, hassu cosecha se perderia si no empleaba la hoz. Si tan solamente volviera al campe, distante dos bar con la tarea, mientras su esposa mantenia la vista alerta

En el camino principal, senta-

-El hermano Rankin . . creo hermanas.

sus brazos.

Conociendo al difunto y comprendiendo sus expansivos puntos de vista en materia de procreación, los familiares no pudieron decirle así nomás que era una impostora. Ella ocupó su lugar con derecho en la ceremonia. Luego presentó pruebas documentales de su unión con el extinto y participó en el reparto de sus bienes.

Los escarceos amorosos de los poligamos eran, naturalmente, le un gran colorido en la clanlestina practica del matrimonio



por

W. LARSEN ILUSTRACIONES DE PREMIANI

mujeres. La sanción de una au-toridad de la Iglesia era, ciertamente, la llave obvia para el acercamiento. El bravo aspimente respondieron con una carrante podía comprometer fácilmente a una mujer en una dis-Finalmente, le preguntacon: cusión casual acerca de la doctrina de la Iglesia, llevándola derechamente ante la perspecti-

plural. Los hombres audaces lle-

gaban en esto a desplegar una

nueva técnica al cortejar a las

va de la gloria eterna. Ella, por

profundo suspiro y haría notar

el encanto del matrimonio plu-

ral. De eso al hecho había un

ligamo niormon, la de hombre

grave, de largas barbas, es erró-

nea. La mayoría de esos hom-

bres que se ataban a varias es-

posas, eran personas jovenes, o

en edad mediana, cuando da-ban esos pasos fatales. Las barbas crecían con el transcur-

so de los años, pero nunca des-

pués de los afas de amor en-

cendido. Tengo motivos para

creer que muchas jóvenes ape-

tecibles desearian convertirse

en segundas o terceras esposas

de un arriesgado joven mor-

môn. Cierto, existe la imagen

menos encantadora de mucha-

chos agobiados por el trabajo

para mantener jóvenes esposas

Un poligamo que conocí se

casó con dos mujeres que eran

companeras inseparables. No se

produjo ninguna ruptura en la

camaradería de las Jóvenes du-

rante los festejos que el ma-

rido prodigaba a la segunda,

ni durante mucho tiempo des-

pués de su casamiento. La vi-

da de casadas las encontró tan

amigas como siempre lo fue-

ran, hasta el punto de usar

iguales vestidos y sombreros.

En la casa o afuera, siempre

se hallaban juntas, y en la igle-

sia permanecían de brazos. Na-

turalmente, el marido estaba

satisfechisimo de que sus mu-

jeres se mostraran tan amigas,

Toda la villa señalaba al trio

NDIA, netamente pampa,

era "mama Masima", co-

mo la liamaban. Vieja,

viejísima más bien, cuan-

do la conoci me deio un

recuerdo imborrable. Ha-

amamantado en mi casa p

todos o casi fodos los hijos del

jefe de "su hombre", no Ponce,

el sargento Ponce, un coloso her-

culeo que formo parte en los

ejercitos de Rozas en su adoles-

cencia, más tarde en los de la

guerra civil y, por último, se ba-

tio en los esteros del Paraguay,

seguido siempre con fidelidad pe-

rruna por su china, en los buenos

tiempos de la juventud en que fueron teniendo hijos por el tra-

Viuda ya del gigantesco crio-

llazo, diseminada su prole a los

cuatro vientos, como es ley para

los pobres, los achaques la obli-

garon a volver a la casa de mi fa-

milia, donde para mi niñez tuvo

el complicado atractivo de cier-

to temor que le guardaba por su

aspecto, su vejez indefinible, v so-

bre todo por sus historias de bru-

jas y aparecidos, así como por

mi afición a las tortas fritas, las

empanadas y otras glorias cocine-

Mi alma, como la de todos los

niños, deseosa de fruiciones es-

calofriantes, se encantaba con los

relatos que llenan de pavor y

buscaba la tertulia de "mamá

Másima", sobre todo por que de

ella se decia en mi casa que, hi-

ja de un cacique pampa, por la

dignidad de su rango, fué inicia-

da su adolescencia en los miste-

rios del "gualicho", o sea orde-

A dar fe de ello contribuian su

vejez, su rostro duro surcado de

fuertes y hondas arrugas, un cio

nublado que acentuaba «u feal-

dad y el aspecto de momia que

tenía plenamente cuando por la

noche y a oscuras, se sentaha so-

bre sus talones en la puerta de

la cocina, haciendo brillar a ra-

Tenía la casa que habitábamos

en un lejano barrio del sur, un

cierto aspecto colonial, con su

puerta de reja, dos patios lle-

nos de plantas florales que eran

gloria en estío así como acentua-

via opacos los muros y abrillan-

taba las hojas durables del plan-

tio, "mamá Másima" salia de su mutismo diciendo que iba a ha-

cer tortas fritas y a cebarme ma-

te con cedron, cascara de naren-

ja y azuear quemada, lo que

Terminada la colación, "mamí

Másima" encendia su cigarro y

Las tardes en que la lluvia vol-

ban las melancolías invernales.

tos el tizón de su cigarro.

nada en brujeria.

riles en que era maestra.

como un modelo de familia poli-

dignas de la mejor suerte.

La concepción común del po-

paso breve, sospecho.

Me dijeron que el "hermano' Rankin andaba por aqui y ouería hablar un momento con su parte - si era un hombre ya casado - dejaría escapar un - Usted quiere hablar con el

ces puede dejar que su carro y caballo echen raices alli. Y, dicho esto, los muchachos se marcharon cor el camino , r

Si, los mormones estaban en estrecho contacto para la defenso de sus perseguidos derechos a la poligamia. Los delegados no solamente se ensañaban con unos pocos hombres, sino que también la emprendian contra toda la Iglesia, y la defensa del sistema era una causa comun. Cada uno de los miembros lenles tenía algo en la apuesta. Solamente algún ocasional y traidor correveidile podría mantener connivencia con los dele-

i ué principalmente este temor a la deslealtad lo que hizo necesario mantener los matrimomon "plurales" en el mas obs curo secreto. Cuando alguno de los fieles tomaba esposa, la noticia de ello era guardada todo lo que era posible entre los intimos de las familias interesadas. Pero el matrimonio, después de un tiempo, tiene medios propic para proclamarse por si mismo por encima de los tejades, y era solamente cuestion de meses para que comenzaran las hatladurias.

Le nueva esposa ' pluralizada" eta una especie de mujer misterissa. Frecuentemente vivia durante mucho tiempo con sua proprot parientes. En otros casos, se domiciliaba en una aldea ve cina, de no ser invitada a vivir bajo el mismo techo con la primera esposa. Esta última forma de convivencia triangular era, naturalmente, Io excepcional. Pero sé, por lo menos, de un caso en que este acuerdo poli-gámico constituyó una verdadera bendición doméstica. Las dos mujeres eran, más o menos, de la misma edad. Compartían el mismo comedor, pero tenian dormitorios aparte. Esta asociación ideal no fué molestada hasta la llegada de niños, lo que hizo necesario la construcción de una segunda casa.

Hasta los hijos de la primera mujer no siempre estaban al tanto de lo que se relacionada con la nueva esposa, pues los niños suelen habiar... y la murmuracion se inicia. La ocasional ausencia del padre debia ser explicada de alguna manera por la madre leal. Finalmente, llegaria el dia embarazoso en que Johnny y Anna verian a papa con una mujer extraña, probablemente en momentos en que le prodigaba miles de indescriptibles atenciones. Esta seria presentada a los hijos de su marido como tía. Pero, tarde o temprano, ella seria conocida por ellos como la esposa que era, y sus hijos, como medio hermanos y

Yo asisti hace pocos años al sepelio de los restos de un eminente poligamo, cuya posteridad se cuenta por centenares. Las tres esposas que le sobrevivieron conferenciaban con los hijos acerca del orden en que marcharia el cortejo y la disposición de los ritos. Repentinamente, una mujer desconocida penetró en la sala en que se hallaban, con un niño pequeño en

-Yo soy una de las esposas del "hermano" Butterfield dijo, con gran calma, - y esta criatura es su hija.

en silencio contemplabamos el getear de las hojas del boscaje, las lagunillas que el agua formana en las viejas baldosas del patio y el melancolico decrecer de la made aguzado por el triste son del cirrinco del cuartel cercano.

constituia mi delicia.

Cômo fué "mama Masima" lo de la mujer engualichada?

Luego, un día, algo ocurrió que acabó con la triple unión. La primera esposa hizo salir de la casa a la segunda y le

En muchos casos los mormones contraian enlace con dos hermanas a la vez. Era creencia común de que preferian este acuerdo debido a que las hermanas debían mostrarse más inclinadas a vivir agradablemente en este género de unión delicada. En mi opinión, empero, estas uniones no eran tanto el resultado de deliberados propósitos, como de circunstancias casuales. La hermana menor vivia más de continuo que ninguna otra mujer cerca del marido de la hermana casada, y esto la ponía en situación más probable de ser festejada por

La poligamia, sea dicho de paso, fué una bendición de Dios para las solteronas. Ellas podian procurtorse un marido por si mismas. Las mujeres jóvenes y más agraciadas constituían probablemente, la primera elección del aspirante a la gloria. Las solteronas ya entradas en motivo nundano al emprender

La poligamia a veces se inclinaba ante los arteros recursos del aventurero. La religión no siempre era el motivo, apnque invariablemente servia de pretexto. Conozco la historia que me refiriera un muchacho acerca de su madre, que hizo del principio de poligancia una excusa para sus depredaciones amorosas. Este "padre". cuando joven, llego desde no recuerdo que lugar del Este de la Unión. Se le había ocurrido que ese era un lugar prospero y entro a trabajar en una granja. El granjero tenia dos bijas encantadoras y el recién llegado empezó en el acto a llevar

prohibió usar en adelante el apellido del marido-Su primer paso consistió en organizar la banda de música, ocupación que lo llevo inevitablemente a una participación activa en la vida del pueblo. Pronto mostro interes por la religión mormónica, y esta chispa de interés se convirtio en

llamarada de convicción por

obra de su devoto patrón. Fué

bautizado en secreto y se con-

virtió en ardiente partidario de

la Iglesia. En tanto, el mante-

nia una mirada vigilante sobre

Un dia hizo proposiciones

matrimoniales a la mayor de

ellas. Ella se sintió envanecida.

Siendo un "forastero" y simpa-

tico, se había convertido en al-

go así como un idolo para las

mujeres con deseos de casar-

se. Podía haber escogido a cual-

quiera de ellas. Por cierto que

se casaria con él... y por cier-

to que el padre se sentía orgu-

lloso de haber acercado a él

hasta ese grado a ese joven

converso. La pareja recibió un

lote de tierra para trabajar e

Varios años después, y antes

-He estado pensando bas-

de que naciera el primer hijo.

el llegó a su esposa para de-

tante durante los últimos tiem-

pos acerca del matrimonio plu-

ral. Me parece algo maravillo-

so. ¿Alguna vez se te ocurrió

-Si, George - le interrum-

pió ella. - Yo y mi hermana

Rosa hemos hablado de esto

-| Mary! - exclamo el en

muchas veces. Pensamos lo mis-

en oportunidad igualmente debi-

da, Mary dio a luz su segundo

hilo. El joven poligamo se ha-

mo que tú al respecto.

instalaron su casa

por casualidad ... ?

las dos hijas de su amo.

años solian desechar cualquier su casamiento, sosteniendo razones más pias y propósitos más espirituales.

del bienestar de dos familias. Desde el momento que no podía mantener a Rosa en una casa aparte, ella fué invitada a participar del humilde hogar de su hermana. Se mostraban sumamente cordiales, cada una de ellas consciente de sus derechos y deberes. Pero esto en nada amenguaha la exigencia para George en la tarca de tratar de proveer a las necesidades de la casa. Cuando aumentaron las cargas, empezo a perder interés por sus dos hermosas mujeres. Durante varios años lucho encarnizadamente y el dia en que Rosa le manifestó que iba a ser madre por

un estallido de afecto, estrechandola en sus brazos, En esta forma se concertó una nueva unión. En su debida oportunidad nació un niño, y

tercera vez, desapareció.

Rosa fallectó varios años despues, y deje sus hijos al cuidado de Mary, Mucho después, la majer que había sobrevivido oyó que George había regresado al Este, y que cuando llegallo hecho hombre responsable ra por primera vez al desierto, había abandonado a una mujer y a una criatura. Al llegar al dintel de la madurez, Mary se caso con un viejo viudo. Sentía inclinación a decir a sus hijos que ellos no pertenecerían en el otro mundo a su errante padre terreno, sino al hombre religioso que lo había substituído.

El poligamo típico era el hombre con dos mujeres. He oído decir, sin embargo, que el número ideal, es de tres. No pocos mormones devotos se fueron tan lejos en aceptar junto con sus amores, la responsabilidades de un matrimonio multiple. Algunos, por cierto, tenían cuatro o cinco esposas, y los pilotos más arriesgados se lanzaban al mar proverbial con media docena o más. Sospecho que era la desilusión que atacaba a los que se ataban a la segunda mujer lo que hizo que muchos poligamos se detuvieran en este nu-

llamó aparte y me dijo en tono

indiferente según su modalidad:

—Vea niño. Vd. siempre ha si-

do muy curioso y esa es una ma-

la costumbre que trai muchos di-

justos, pero aura que me voy v

no he de golver porque estoy muy

vieja y siguro que me via mo-

rir prento, le dejo é regalo la pe-

taca e cuero e potro que tanto quiso curiosiar dende chico. Peru-

a de ser con una condisión: que

si yo no guelvo antes de Semana

Santa, abra la petaca la noche

del Viernes Santo y va a encon-

trar una muñequita é trapo, to-

da llena de artileres pinchiles en

la cabeza: saquelos, guarde el

más largo y el sábado a medio

dia, cuando en las iglesias canten Gloria, clave el arfiler largo en

el corazón de la muñeca, que así

podre descansar después de mi



Gualicho Indio



CLODOMIRO CORDERO

ba numerosos vacunos un poblador arriesgado que, siguiendo el ejemplo de Juan Manuel de Ronas, para librarse de los 'malones" habia celebrado "tratados" con los salvajes que asolaban el pais, y debido a ello respetanan sus baciendas y poblaciones. En este establecimiento de

yez, a su hijo Rudecindo y los pagos donde nació, e inútiles foeron las exhortaciones y los rue gos para que no nos dejara ; no emprendiera un viaje tan largo a

Mientras, decidido ya su viaje paraba-sus humildes petates, nie



campo vivieron durante mucho tiempo "mama Masima" y su hi-

jo Rudecindo, que era donador,

pero nunca pudimos saber de los

labios de aquella la causa por la

qual abandono las orillas del Que-

utien para venir a mi casa.
"Mama Masima", hermética y

cenuda, paso largos anos en mi

hogar, basta que un buen des.

mas achaeosa que nunca, nos di

jo que presentia el fin de su vi-

da y queria ir a ver, por ultima

Bah! Dejense de, injundio. y Horar dijuntos empecacaus! contestaba fastidiada, por que en ello veia una alusion a su fama de bruja.

- Venganza? Justicia in dia?... No lo se. Verdadora o infundada la historia no dejaba de ser sujestiva.

Alla por las margenes del Quequén, desde el año 60, apacenta-

Ilustraciones de Rechain

muerte. Si hace ésto la petaca se la dejo como recuerdo d'esta pobre india que mucho tiene que arreglar con Dios. No olvidé el encargo de "mama Masima", sobre todo por un irresistible deseo de adueñarme

de la petaca de cuero al par que

de sus misterios, y sin dar par-

te a los mios cumpli fielmente su Pasó el tiempo y hacía muchos meses que "mamá Másima" se habia ido a sus pagos, cuando un buen dia apareció por mi casa su hijo Rudecindo, criollo fortachon de tipo granadero, el cual, dando interminables vueltas a su cnam-

bergo gaucho, pidio hablar con la

Recibido, notició la muerte de mama Masima", ocu rrida el martes Santo, y entre los diversos detalles que nos dió, coincidentes con la triste nueva, dijo que tres días después la esposa del patron de la estancia del Quequen, doña Eleuteria, que desde la partida de la india -a quien se le achacaba un "gualicho"había perdido la razón, recujeró su lucidez pero murió a las pocas horas, y, a modo de comentario, Rudecindo termino au parte en forma sentenciosa:

- Pobre patrona! que en paz descansa, ánima bendita! pero pu'aya en el Quequen, dicen que jué mui mala, en particular con mama y el trastorno le vino por castigo'e Dios.

Un escalofrio recorrió na cuerpo al oir el relato de Rudeondo y, medroso y angustiado, 'e pre-

Y cuando murio la patrona Dona Eleuteria ?...

-Justito el sábado a l'agra en que cantan Gloria... concesto.

Entonces, aterrado, comprendi el mas allá inexorable que había encargo de mama Mastma", la cual por mi intermedio, si era cierta y eficaz su hecnicaria, por mi mano, despues de muerta, habia completado si venganza india, develandose el mis-